

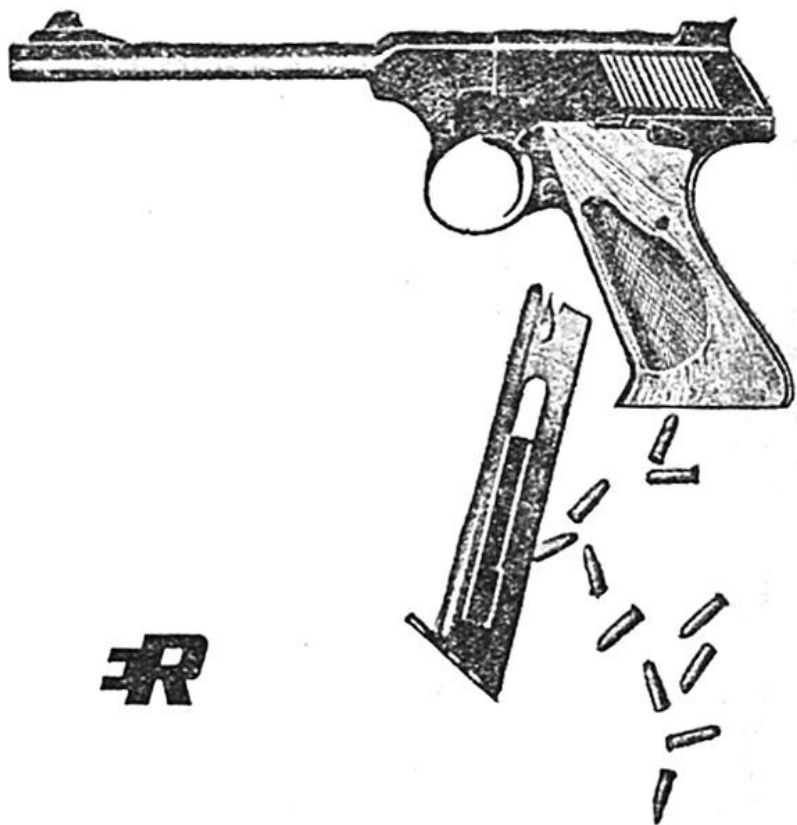
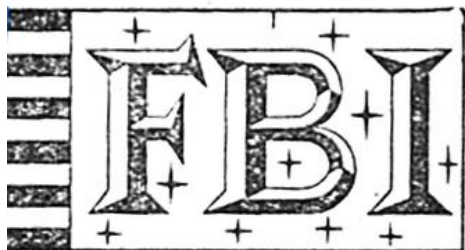
FBI

R



DONALD CURTIS
CRIMEN
EN
BLUES





R

Últimas obras de DONALD CURTIS publicadas nuestras
colecciones:

Colección A. FEDERAL:

Núm. 20.—Top secret.

24.—Doctor Devil.

27.—Al filo de la noche.

30.—El rostro del dragón.

Colección SELECCIONES DEL F.B.I.:

Núm. 320.—Cerco de tinieblas.

Colección F.B.I.:

Núm. 811.—Siete horas.

814.—¡Horror!

820.—Amorosamente mortal.

823.—Los Zorros del 75.

826.—Exótica charada.

829.—Asesino de cristal.

832.—Rubia es la muerte.

CAPITULO I

CAMINÉ despacio hacia el mueble. Alcé la tapa. Puse la placa sobre el plato. Pulsé una de las recias rojas y blancas. El aparato comenzó a funcionar.

La melodía se extendió suavemente por la estancia. Pareció brotar al principio con timidez, como con miedo. Luego cobró volumen.

Un piano emitía notas rítmicas, bajo unos dedos hábiles y sensitivos. La partitura era como si flotase en el ambiente y lo llenara todo.

Luego, de repente, sonaba el grito.

El largo grito de metal. Un grito ronco en principio, que se convertía en nota vibrante, dorada.

El grito de la trompeta. La voz llorosa del instrumento de metal, en el lamento eterno, sureño, negroide y caliente del «blues»...

Detuve bruscamente el tocadiscos. Arranqué virtualmente el frágil brazo con su aguja reproductora de encima del redondo disco negro, reluciente, giratorio. Saqué la grabación estereofónica. La tiré con rabia, contra el suelo. Y me cubrí los oídos oprimí mis sienes, como si el «blues» siguiera sonando allí.

Yo sabía que no era cierto. Que la sala aparecía ya silenciosa, roto el hechizo melódico del aparato reproductor, pero en mis oídos, en mi cráneo, seguía sonando, imperturbable, el ritmo caliente, triste y perezoso del «blues» llegado de los algodóneros de Nueva Orleáns, cuando los negros eran esclavos, aunque no sé si todavía lo siguen siendo....

Dentro de mí continuaba aquel «blues». Era como un eco vivo. O como una maldición, no sé.

Y gemí. Y musité:

—Wendy... Oh, Wendy, no... No más...

Y Wendy también estaba allí. Wendy parecía flotar en el

ambiente como la misma música de la trompeta en la melodía triste...

Caminé hasta la puerta-balcón. Asomé, vacilante, entre los macetones de donde brotaban las palmas. Más allá, luces de la ciudad. Manhattan, con sus agujas de negro cemento en la noche, dibujando increíbles arabescos de luz y color sobre el fondo nublado.

Pensé en Wendy. En Wendy, que ya no estaba allí. En Wendy, que ya nunca volvería a su apartamento de Broadway. En Wendy, que ya no reiría, gozosa, exultante de vida y de hermosura. En Wendy, que sería como una tortura eterna en mi mente y en mi recuerdo...

Wendy...

Muy despacio, caminé hasta la barandilla llena de enredaderas. El toldo multicolor estaba cerrado. Yo podía recordarlo abierto, con sus grandes franjas de vivo colorido, con Wendy tomando el sol bajo su lona, bronceado su cuerpo en «shorts», escuchando música. Escuchando, acaso, un «blues»...

Asomé. Era como hacerlo a un abismo. La calle lejana, distante. Como un desfiladero de luz, de ruido que apenas si llegaba allí, a la planta treinta y siete del rascacielos...

Mí pregunté lo que se sentiría salvando esa simple barandilla, brincando al vacío, aplastándome contra la sima de asfalto...

Retrocedí, horrorizado.

—No, Dios mío...—musité—. ¡Qué locura...!

Volví al interior de la estancia en penumbras. El «living» donde ya no vivía nadie, donde nadie escuchaba música... Contemplé los muebles, confortables y modernos, los cuadros murales, casi todo ellos abstractos, manchas de vivo color sin forma ni concreción alguna.

Era costoso un apartamento, en pleno centro de Broadway. Un caro alquiler permitía un lujo así. Me había costado caro arrendarlo de nuevo a sus propietarios. Desde lo de Wendy permanecía cerrado, sin habitar...

Y, sin embargo, era como si Wendy estuviese allí. Como si su espíritu animase aún aquellas paredes. Como si sus manos fuesen a abrir el mueble-bar iluminado, invitándome con su sonrisa inimitable:

«—¿Con mucho hielo y algo de soda, Larry?»

Cerré los ojos. Desvié la mirada del mueble-bar iluminado en la suave penumbra del «living» alumbrado con claridades indirectas y tamizadas. Caminé hasta el dormitorio. Las luces de las mesillas de noche derramaban un suave resplandor sobre los cobertores verde pálido, sobre la madera oscura de los lechos, del tocador...

Me vi en el espejo. Y vi también a Wendy.

Era como si hubiera aparecido de repente, junto a mí. Como si me contemplase, entre risueña y molesta, por haber irrumpido en su mundo de recuerdos sin pedir antes permiso, quebrantando una paz infinita.

Wendy, con sus ojos claros, con su cabello oscuro, con su boca muy roja, sin apenas cosméticos sobre la piel pálida, suavemente bronceada en las épocas estivales...

Wendy, con su traje de noche azul cobalto, con su alfiler de diamantes, como la noche última en que la vi con vida...

Wendy, contemplándome desde el muro, desde el gran lienzo enmarcado en oro del cuadro que la pintara Roger Baldwin. Como si estuviera allí mismo, vital y radiante como siempre, hermosa hasta avasallar e impresionar, como siempre fue ella...

—Wendy... —musité—. Perdona que esté aquí esta noche. Tenía que venir, ¿comprendes? Tenía que venir.

Ella no dijo nada. Nunca lo diría. Los cuadros no hablan, ni siquiera los cuadros de Roger Baldwin, sus retratos maravillosos y vividos. Salí calladamente del dormitorio, como justificando mi presencia allí tímidamente. Volví al «living», pero solamente para cruzarlo y entrar en la cocina, funcional y aséptica. Desde un calendario mural, también me sonrió Wendy. Era como una obsesión. Wendy, en bañador, en dos piezas solamente, bronceado su cuerpo, sonriente su bello rostro, profundos sus ojos azul-grises...

Junio.

Era junio en el calendario. Nadie se había acordado de arrancar esa hoja Y ya estábamos en septiembre. Tres meses. Tres meses de abismo, de distancia. Tres meses en los que nadie tocó las hojas del calendario. Nadie vio a Wendy deslizarse en patines acuáticos en julio, conducir un balandro en agosto y llevar un rosado paraguas bajo las primeras lluvias de septiembre, en un bosque de abetos.

Nadie alzó esas hojas del calendario. Nadie movió a la Wendy

del «bikini», que tomaba el sol en Miami Beach. La «calendar girl» más bella de Nueva York seguía allí, como detenida en el tiempo.

Suspiré. Volví al «living» una vez más. Me dejé caer lentamente en un asiento. Respiré hondo. Hundí la cabeza entre mis manos.

Wendy...

Wendy, que nunca podía morir en mi recuerdo. Wendy, que continuaba allí, viva, palpitante, casi dándole al aire que respiraba el suave hálito de su perfume inconfundible, un suave aroma de flores... Y el aroma mismo de su piel, la fragancia de su cabello...

Tenía cerrados los ojos. Aún creía sentir el «blues» en mi cráneo. Aún parecía flotar en aquel apartamento vacío, silencioso, muerto como ella misma.

Muerto como Wendy. Muerto, desde que Wendy murió, allá en el abismo de asfalto. Aplastada contra el suelo y la circulación callejera, irreconocible, informe cuerpo humano, destrozado en el impacto mortal.

Muerta de forma horrible, borrada de golpe su vida, su belleza, su gracia misma...

Y la mano que la empujó... La mano que la arrojó desde la terraza, ¿dónde estaba? ¿De quién era? ¿Por qué lo hizo?

Tres meses. Tres largos meses. Un largo, caliente, húmedo verano de Nueva York, y nada se sabía Nada se había aclarado. Todo continuaba igual. Igual exactamente que aquella cálida noche pegajosa de junio, cuando alguien empujó a Wendy a la calle, cuando alguien la lanzó al vacío, desde el piso treinta y siete, en una zambullida mortal y terrible.

Tres meses, y nada sabíamos. Nada se había descubierto. Nadie había pagado por ese crimen.

Y Wendy estaba muerta. Wendy estaba muerta, y el tocadiscos que hallaron funcionando, con un disco de «blues» sonando incongruentemente en el silencio del apartamento vacío, ahora había enmudecido para siempre, al menos para los oídos de Wendy, amante de la música, del «jazz», del ritmo.

Repentinamente, la luz del recibidor se iluminó. Sonó la puerta de la entrada. Yo levanté la cabeza. Alguien entró en el apartamento, rompiendo el hilo de mis reflexiones.

Me quedé mirando a la persona que entraba allí. Murmuré, horrorizado:

—Dios mío... Tú... ¡Wendy...!
Y era ella. Wendy.

CAPITULO II

DESPERTÉ.

El sueño siempre terminaba ahí. Mi sueño era siempre el mismo. El final, también.

Wendy volvía siempre. Wendy aparecía después de muerta. Entraba en el apartamento, cuando yo estaba solo, evocándola, en el silencio de aquel piso, situado a tanta altura sobre la calle Broadway.

Los muertos sólo vuelven en sueños. Después, uno despierta y vuelve a la realidad. Uno vuelve a ser el de siempre. Y todas las cosas son como siempre. Sin fantasías, sin imposibles, sin deformaciones.

Desperté al aparecer Wendy en la entrada del apartamento, como había ocurrido en todos mis sueños anteriores. Como había vivido extrañamente, obsesivamente casi, en mis previas incursiones en el mundo de mis pesadillas. Hermosas pesadillas cuando veía viva a Wendy, volviendo de las sombras, como regresando de entre los muertos.

Y como eso era imposible, como Wendy no podía volver, el sueño se rompía, se hacía añicos, igual que se quiebra un delicado objeto de vidrio al estrellarse contra el suelo violentamente.

Esta vez las cosas no fueron diferentes. Esta vez, ocurrió como siempre había ocurrido. Justamente al aparecer Wendy resucitada, la pesadilla se rompía, y yo volvía a la realidad.

Me enjuagué el sudor, sentado sobre mi lecho. Esta noche, los detalles de mi sueño habían sido particularmente nítidos y fieles. Acaso porque visité tan recientemente el apartamento de ella; acaso porque todo estaba profundamente vivo en mi mente, dejando una intensa, vivida huella impresa en mí, en mis recuerdos, en mis sensaciones...

Salté de la cama. Fui a por una botella de brandy y me serví un

par de dedos, que bebí de un trago. Luego encendí un cigarrillo, miré mi reloj de pulsera. Eran ya las tres y media de la madrugada. Muy tarde para esperar conciliar el sueño nuevamente. Muy pronto para salir a la calle. Sin embargo, sabía que no me sería posible descansar ya. No después de haber visto a Wendy, de haberla contemplado como si realmente estuviese viva...

Me vestí, tras apurar el cigarrillo, después de haber pasado por el aseo. No me encontraba muy bien. Me dolía la cabeza ligeramente, y observé que mis manos temblaban un poco al anudar mi corbata ante el espejo.

Recordé lo que me habían dicho en la oficina días antes:

—Larry, tienes que olvidar... Has de mirar hacia el futuro, nunca hacia atrás. Lucha por algo mejor que un recuerdo. La vida tiene esas cosas.

Un policía es, a fin de cuentas, un hombre como todos los demás. Un policía es, en suma, un hombre sujeto a los mismos problemas que el resto de los hombres. Por eso debes olvidar. Todo el mundo olvida, por terrible que sea el recuerdo. Todo el mundo ama de nuevo, por profundo que haya sido su amor anterior. Es una ley de vida. Es necesario sobrevivir, salir adelante, dejar atrás aquello que no podemos remediar en modo alguno...

Era un consejo sensato, pero dar consejos es fácil. Cumplirlos es otra cosa. Y era yo quien debía cumplirlos, quien debía hacer caso de ellos, quien debía de olvidar.

Hay cosas, hay personas que no se olvidan fácilmente. Wendy era una de esas personas, uno de esos sentimientos, una de esas emociones. Wendy no podía morir en mi recuerdo. Wendy no podía dejar de ser amada.

Tal vez si las cosas hubieran sido distintas, todo cambiaría. Tal vez si alguien no hubiera empujado a Wendy a la muerte más horrible que pueda imaginarse, yo no estaría ahora con mi mente, mis pensamientos, mis recuerdos, mis sentimientos, llenos por completo de ella, de su rostro, de su espíritu...

Tenían razón en la oficina. Tenían razón mis jefes, mis compañeros. Todos tenían razón. Haber conocido a una chica, haberla atendido porque era mi obligación, porque formaba parte de mi trabajo, cuando ella empezó a escuchar por teléfono aquellas terribles y obscenas amenazas de muerte, no era suficiente motivo

para amar con tanta intensidad, para sentir tan profunda y vivamente.

Y, sin embargo...

Sin embargo, ahí estaba yo ahora. Inmerso en su recuerdo, en su huella, en su existencia nebulosa y fantástica de unas pocas fechas, de unas semanas, de unos momentos imborrables, entre las amenazas mortales del teléfono y la ejecución fría, brutal y despiadada de esa sentencia anónima.

Wendy me había dicho entonces, cuando yo acudí a su apartamento, con aquella voz suya, susurrante y suave, con aquella mezcla increíble y maravillosa de ingenuidad y malicia:

—Les... les llamé a ustedes porque... porque alguien me dijo que las amenazas de muerte son un... un delito federal. ¿Es eso cierto?

—Sí, eso es cierto, señorita Turner—le había contestado yo—. Es delito federal. A nosotros nos concierne descubrir a los autores de esa clase de repugnantes amenazas. Si hubiera usted llamado a la Metropolitana, ellos investigarían esto, pero pasándonos posteriormente el caso a nosotros, si no eran capaces de resolverlo.

Wendy Turner me había mirado con asombro, con intensidad, como si algo en mí la sorprendiera. Luego había dicho apaciblemente, con voz cálida:

—De modo que usted es uno de ellos...

—Uno ¿de quiénes?—había preguntado yo, perplejo.

—Uno de esos maravillosos hombres del F.B.I., un agente federal, un héroe...

Moví la cabeza, riendo suavemente.

—Usted ha visto mucho cine y mucha televisión—dije, divertido—. No, no somos nada maravillosos ni heroicos. Tampoco somos actores de cine, atractivos y llenos de fascinación.

—Usted es atractivo.

Lo dijo con tal sencillez, que casi me hizo sonrojar, pero logré sobreponerme y repliqué:

—Oh, gracias, señorita Turner. Es usted muy amable.

—Es la verdad—me contemplaba como a su galán favorito de la pantalla, y eso me hizo sentir incómodo—. ¿De verdad que no es usted un heroico agente federal, capaz de vencer a toda una banda de criminales?

—Me temo que no —había dicho yo, con un suspiro—. He

tenido choques con gente del hampa, como cualquier policía. Pero no creo que ninguno de nosotros sea un superhombre, sino, sencillamente, un agente que cumple con su deber.

—¿Trata de decepcionarme intencionadamente?

—Trato de hacerle ver la realidad de las cosas, sin las fantasías del cine y de la novela. No se deje influenciar por esa gente que crea mitos. Casi siempre, un mito no es apenas nada.

Posiblemente la estaba quitando muchas ilusiones de la cabeza, pero no era justo que pensara cosas que no eran. La realidad solamente tiene una dimensión, y Wendy Turner parecía vivir en medio de cosas totalmente irreales.

—Pero usted sí me ayudará en mi problema, ¿verdad?—preguntó ella con cierto patetismo en la voz.

—Por supuesto—sonreí, tratando de infundirle ánimos y no resultar tan corrosivo como hasta entonces—. La ayudaré en todo, puede estar segura. Y si localizamos al autor de esas amenazas de muerte, pagará muy caro su delito, se lo aseguro

—Lo... lo importante es que no llegue a cumplirlas —había dicho ella tímidamente, humedeciendo sus labios—. No me importa lo que le ocurra a esa persona, sino lo que pueda ocurrirme a mí...

—La protegeremos, no tenga miedo—dije, con mucha energía—. Para eso nos ha llamado, y para eso estoy ahora yo aquí.

Logré infundirle ánimos. Ella pareció respirar aliviada, y me miró como si fuese su héroe, a pesar de cuanto había tratado de disuadirla.

Yo no podía pensar entonces lo poco afortunado que había sido al afirmarle tal cosa. Yo no podía saber que, a pesar de todas mis convicciones, ella moriría asesinada.

En esos momentos, el asunto parecía rutinario, e incluso era posible que todo obedeciera a un histerismo de ella o bien a la estupidez de un enamorado despechado, considerando lo hermosa que era ella y el lujo con que parecía vivir.

Cometí un error inicial al pensar así, como puede cometerlo cualquier humano. A fin de cuenta, como dice mi jefe, como dicen algunos de mis compañeros de la Oficina Federal, los policías no somos más que hombres. Hombres como los demás,..

Cerré los ojos un momento, para alejar de mí la visión de Wendy en el primer día que la conocí. Allá, en su apartamento de

Broadway, en pie ante mí, sobre sus graciosas chinelas plateadas, sus piernas desnudas, bronceadas por el sol, los «shorts» blancos, su blusa liviana, anudada sobre el estómago.

Traté de olvidar por el momento. No olvidé, pero se borró la imagen, la evocación cesó, mientras yo pisaba la acera, en la madrugada caliente y pegajosa de aquel septiembre caluroso, que podía romperse en cualquier momento en una tormenta con lluvia torrencial, como ocurre siempre en Nueva York en esa época del año. En ese preciso momento, terminaría de modo definitivo el verano.

El aire olía a sulfuro, y la ropa se pegaba al cuerpo por la transpiración. De cuando en cuando un fresco soplo de brisa llegaba del río, pero era húmedo, y pronto dejaba de producir alivio.

Conduje mi automóvil por un Broadway sorprendentemente desierto, de escaso tránsito y paz casi irreal. Las calles, regadas recientemente, brillaban como charol, y los neumáticos de mi coche levantaban salpicaduras en algunos charcos. La gente dormía con las ventanas abiertas en los barrios residenciales de Manhattan, en un vano empeño por respirar mejor. Otros, tendrían aire climatizado, pero ni siquiera en nuestro próspero país la vida es igualmente cómoda para todos.

Detuve el coche enfrente de un bar abierto toda la noche, cuyo luminoso lívido hacía guiños molestes, que se reflejaban en el asfalto charolado. No sé cómo se llamaba, porque no me detuve a mirar su nombre. Para mí, un bar nocturno es solamente una puerta iluminada, un fluorescente que parpadea, en rojo, azul o verde, y un barman, casi siempre somnoliento y aburrido, que sirve consumiciones a un público intermedio entre el trasnochador empedernido, lleno ya del suficiente alcohol para sentir sopor, y el madrugador que va al trabajo, con los párpados hinchados por el sueño,

—¿Qué va a tomar, señor?—me preguntó el barman cansadamente.

—Café—pedí—. Café solo, sin azúcar y bien cargado.

Me lo sirvió. Humeaba agradablemente, y lo tomé casi de un trago. No porque necesitara desperezarme, sino porque me gustaba tomar café en ciertos momentos, y mi estado de ánimo mejoraba considerablemente. Tal vez muchos se quejen de lo perjudicial que

resulta la infusión para los nervios, pero no es ése mi caso, sino precisamente todo lo contrario.

Me apoyé en el mostrador, pensando sobre muchas cosas que seguían torturando mi mente. Sobre cosas en torno a ella, a Wendy...

Fue como reanudar la proyección de un film parado en su funcionamiento. Justamente a partir del momento en que se interrumpió anteriormente...

* * *

—¿Cuántas veces ha sido amenazada?

—Creo... creo que son ya siete las veces.

—¿Siete? ¿Por qué esperó tanto?

Wendy Turner se encogió de hombros. Había inquietud en sus ojos.

—Al principio no lo tomé en serio, esa es la verdad. Creí que podía ser una broma de mal gusto... O la reacción enfurecida de alguno de esos tontos que la cortejan a una.

—¿No lo era?

—No, no creo. Las amenazas fueron haciéndose más frecuentes. El tono más duro y las palabras más violentas, más soeces, más... repulsivas. Eran cosas horribles las que decía esa maldita voz...

—¿Qué voz? ¿Cómo era esa voz?—me interesé vivamente.

—Se trataba de una voz rara, extraña... Una voz apagada, borrosa... —ella meditó, con expresión grave—. Una voz que parecía... disfrazada.

—Ya. Posiblemente lo es —convine—. ¿Voz de hombre, naturalmente?

—Por supuesto... Bueno, al menos nunca pensé otra cosa. Una voz fuerte, ronca, disimulada con algo tal vez... Pero de hombre, de eso no hay la menor duda...

—Sí, lo imagino —asentí—. ¿Cuándo empezaron las amenazas?

—Hace aproximadamente dos semanas, señor...

—Bantam. Larry Bantam—me apresuré a indicarle.

—Bien, señor Bantam. Hace unos quince días, llegó la primera llamada.

—¿Qué le dijeron en ella, aproximadamente?

—Me dijeron pocas palabras. Muy pocas. Por eso las recuerdo

bien. Dijeron, poco más o menos: «Escucha, Wendy Turner. Tu vida peligra. Vas a morir pronto, muy pronto. Y yo seré tu asesino...»

Hubo un silencio. Ella respiró hondo. Me incliné y palmeé suavemente su rodilla, confortándola. Ella no se molestó por eso, sino que me sonrió incluso con cierta gratitud.

—Fue horrible, ya comprenderá. Al principio, me asusté mucho —dijo con voz apagada—. Luego es cuando pensé que podía ser una broma del peor gusto, una villanía sin mayor trascendencia.

—Y no dio importancia al asunto.

—No, no le di ya ninguna importancia. Incluso lo olvidé hasta...

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que nuevamente sonó el teléfono, y la misma voz me dijo: «Recuerda esto, Wendy. No me olvido de ti. No he olvidado mi promesa. Te mataré. Te queda ya muy poco de vida...»

—¿Qué ocurrió esa vez?

—Volví a preocuparme, pero también lo atribuí a lo mismo, a un perverso bromista, a uno de esos horribles seres que disfrutaban aterrorizando a la gente...

—¿Y cuándo tomó en serio las amenazas, por fin?

—Cuando las palabras empezaron a tornarse más soeces, en insultos horribles a mi persona. Era como si el odio fuese en aumento en ese ser, o como si graduase sabiamente la forma de hacer sus amenazas. En fin, sentí verdadero pánico ya, y pensé en llamar a la Policía. Todavía tuve mis dudas, sentí miedo, indecisión... Y, por último, me encontré en el dilema de tener que hacerlo ya definitivamente, porque la séptima amenaza no fue ya telefónica.

—¿No? —me incorporé, sobresaltado, mirándola—. ¿Cómo fue?

—Escrita.

—Escrita... ¿La tiene ahí? ¿La ha conservado?

—Sí, pero... es horrible que tenga que leer nadie lo que han escrito en ese papel y...

—Aun así, quisiera verla. Tráigala, por favor. Puede ser muy importante.

Ella se ausentó unos momentos a su dormitorio. Cuando volvió traía consigo un sobre abierto, en cuyo interior iba un papel doblado, de tamaño cuartilla. Me lo tendió en silencio. Lo tomé.

El sobre iba dirigido a su nombre. Mecanografiado con una vieja

máquina, a juzgar por el tipo de letra, desmesurado, con algunas letras rotas o incompletas. MI sentido profesional me dijo que posiblemente la máquina con que aquello fue escrito sería difícil de localizar en parte alguna. Tal vez estaba arrumbada en algún desván o entre viejos trastos, y sería casi imposible dar con su paradero.

La hoja escrita lo estaba también con la misma máquina, en líneas desiguales y mal espaciadas, quizá intencionadamente.

«Wendy Turner:

Hija de perra, vas a morir al fin. Ya terminó mi paciencia, mujerzuela indecente y depravada. Disfrutaré destrozando tu cuerpo. Eres una maldita y sucia cerda que no merece vivir. Pecaminosa e indecente, tus horas están contadas ya...»

Era nauseabundo. Una carta repugnante, insultante y vil. Aun siendo cierto todo eso—y yo en seguida tuve mis dudas al respecto—, no se pueden decir cosas así a una muchacha. Pero tampoco se le puede amenazar de muerte, y esa carta lo hacía, como antes lo habían hecho telefónicamente, con iguales o parecidos términos,

La guardé lentamente, sin hacer comentarios. Miré de soslayo a la muchacha. Wendy estaba pálida y nerviosamente estrujaba entre sí sus dedos crispados. La comprendía muy bien.

—Lamento haberla obligado a sacar «esto» nuevamente a la luz—dije, cohibido.

No sé si debí decirlo o no, porque Wendy se echó a llorar bruscamente. Cubrió su rostro con ambas manos: Vi agitarse su cuerpo con los sollozos.

Me mantuve silencioso, dejando que se desahogara. Sentí deseos de acudir a ella, de rodearla con un abrazo, de confortarla, siquiera fuese torpemente, atrayéndola contra mí. Naturalmente, procuré dominar esos impulsos y mantenerme en mi sitio, correctamente.

Al fin, alzó la cabeza. Tenía los ojos turbios por el llanto, y sus labios temblaban ostensiblemente. Había huellas húmedas en sus mejillas, como surcos mojados que iban secándose.

—Yo sí que lo siento—la oí murmurar—. No debí comportarme así...

—¿Por qué no?—rechacé—. Cualquier mujer haría igual en su lugar. Es vergonzoso tener que leer algo así. Y muy valeroso guardarlo, para que nosotros lo conozcamos. La felicito, señorita

Turner.

—Quería que la leyesen ustedes, que vieran de lo que es capaz ese ser horrible, abominable... Lo mismo por teléfono. O peor aún. Se exacerbaba, se ensañaba en mí como una fiera...

—Sí, lo entiendo. ¿Cuándo ha recibido esto?

—Ayer... Hablé de ello con alguien. Y me aconsejó que recurriese al F.B.I., no a la Metropolitana.

—¡Quién fue esa persona que la aconsejó en tal sentido?—me interesé vivamente.

—Una amiga. Una buena amiga. Patty Welsey... Es una gran chica...—enrojeció de repente—. Bueno, es justamente eso: una amiga de verdad.

—Bah, olvídalo—sonreí—. No puede hacer caso a nada de cuanto ahí le dicen. El autor posiblemente no sea un asesino, pero es un sádico, uno de esos tipos que disfrutan atormentando a la gente, haciéndole sufrir con sus insultos y sus inmundicias... Desgraciadamente, hay más gente de esa de la que fuera de desear. Personalmente, no creo que tenga mucho que temer del autor de esa misiva. No sería capaz de matarla.

—¿No?—dudó ella, abriendo mucho sus ojos, mirándome ilusionada, con cierta esperanza.

—No. Es demasiado cobarde para eso. La gente capaz de escribir cosas así, rara vez reúne el valor suficiente para matar

—Pero... parece odiarme tanto...

—Lleva el odio dentro de sí. Posiblemente es un monstruo mental, un maníaco, un desequilibrado. Pero no un asesino. Para matar, hace falta valor, decisión, sangre fría. Todo lo que, posiblemente, le faltaría a esa clase de hombre, señorita Turner.

Como profeta, desgraciadamente, soy un desastre. No podía imaginarme entonces que estaba diciendo todo al revés de como sucedería. A veces, me pregunto si no fui un estúpido, un necio, un torpe al inculcar en ella toda la confianza que no debí expresar.

Porque, contra todas las teorías policíacas, contra mis propias convicciones, absolutamente contra todo lo que yo mismo dije entonces a Wendy, lo cierto es que el autor de los anónimos feroces..., cumplió su palabra.

Con aquella carta nauseabunda, recibida veinticuatro horas antes, empezaba todo para mí. Y terminaba todo para Wendy.

Sólo unos días más, muy pocos..., y Wendy era víctima del asesino. Wendy murió, como su anónimo comunicante la había amenazado.

Si eso no es ser un pésimo adivinador del futuro y un lamentable policía, no sé lo que podrá serlo.

Y no es eso lo peor, sino que, tal vez, mi error fue funesto para Wendy. Ella confió en mí. Yo confié en mis brillantes teorías. Hubo exceso de confianza por parte de todos.

Wendy lo pagó. Wendy murió. Wendy fue asesinada...

No, no debí decir aquello. Pero ya era tarde Demasiado tarde para rectificar. Demasiado tarde para pensar de otro modo. Demasiado tarde para decírselo a Wendy, para devolverla a la vida en algo que no fuera simplemente un sueño...

Dejé en el mostrador el dinero del café. Abandoné el local. Subí a mi coche. Y seguí adelante, hacia el corazón mismo de Broadway, hacia Times Square.

Times Square, extrañamente vacío en la madrugada caliente y húmeda, bajo el cielo nublado. Un

Times Square en el que los anuncios luminosos, la indescriptible noche multicolor de la zona donde se unen calles como Broadway y la Séptima Avenida, la Calle Cuarenta y Dos, la famosa «Tin Pan Alley», donde se edita casi toda la música neoyorquina...

El coche cruzó por una calzada desierta, lustrosa por el riego, salpicada de escasos vehículos madrugadores o trasnochadores...

Pero yo no veía nada alrededor mío. Yo no me fijaba en nada, ni siquiera en el famoso «carrusel luminoso del mundo», como llaman los neoyorquinos a su Times Square. Yo sólo veía mecánicamente mi ruta de asfalto en la ciudad.

Y la imagen de Wendy, allá entre las brumas de mi cerebro...

CAPITULO III

LARRY, madrugas mucho...

Miré a Ned Bowles, mi compañero de departamento. Asentí, sin levantar la vista de los documentos y fotografías del «dossier».

—Sí—afirmé—. Mucho. Hoy no podía dormir.

—¿El calor?

—Seguramente el calor, claro —convine, distraído.

—Estallará una buena tormenta en cualquier momento—suspiró Bowles, mirando por la ventana—. Entonces respiraremos todos un poco, Larry.

Se acomodó en su propia mesa y se dedicó a trabajar, sin más comentarios. Yo no le dije tampoco ninguna otra cosa. Me tenía sin cuidado el calor, y también la tormenta. Eran temas triviales de conversación, y nada más. Quizá dejáramos de sudar un poco los pobres neoyorquinos, si caía esa presentida tormenta, pero el asunto me era indiferente por completo. No me importaba que lloviese a cántaros o siguiera uno metido en aquel horno de asfalto y cemento. No me importaba nada, desde hacía tres meses.

Desde la noche del diez de junio, en que Wendy murió...

Justamente seis días después de recibir aquel mensaje anónimo, cruel y vergonzoso, insultante y soez... Insano como su autor.

Seis días que significaron mucho en mi vida. Seis días que, posiblemente, significarían todo en mi existencia, a partir de ese momento...

Seis días de enigmas y de ilusiones, de amor y de muerte...

* * *

Su fotógrafo era famoso en Broadway. Y en todo Nueva York. E incluso en Hollywood.

Se llamaba Ray Richmond. Entre los fotógrafos profesionales y

las figuras del mundo del cine, la publicidad y todo eso, se le conocía como R.R., el genio de la fotografía publicitaria y comercial.

No sé si era un genio, pero era un buen fotógrafo. Y, sobre todo, era muy caro. Increíblemente caro.

La «Calendar Publishers Incorporated» le tenía contratado en exclusiva para obtener las poses de sus famosas «pin-up girls». Todas las hijas de Eva que aparecían, más o menos provocativas, en posturas de calendarios, eran modelos de su bien pagada cámara. Personalmente, Ray Richmond me resultó antipático apenas lo vi, pero, después de todo, yo no era quien le pagaba, ni siquiera quien posaba para su mágico objetivo.

—Oh, espere un momento, Bantam—me pidió una Wendy Turner envuelta en gasas azules, con un fondo neblinoso violáceo, seguramente para alguna portada de magazine o para algún nuevo calendario del año siguiente.

Hundí las manos en los bolsillos. Devolví una sonrisa mecánica al risueño y espigado individuo de ojos azules, que se movía como un manojo de nervios tras la cámara, los reflectores tamizados en azul y rojo, y aquel decorado fantástico.

Ray Richmond parecía incluso afeminado, tal era su afectación preparando las poses de su «estrella». Indudablemente, era buen profesional, porque disparó tres placas en pocos segundos, cambiando ligeramente las posturas de su modelo. Luego, chascó los largos dedos huesudos, con complacencia.

—Perfecto, Wendy—aprobó—. Volveremos dentro de un cuarto de hora, con las poses de la nave espacial. Estate preparada para entonces.

—Sí, Ray, como tú digas—suspiró ella, relajando sus músculos—. Antes debo hablar con este caballero. Es Larry Bantam, del F.B.I.

—¿F.B.I.?—me miró como un búho, si es que los búhos pestañean, cosa que nunca ha estado muy clara para mí—. Oh, un policía federal... ¿Usted es un policía federal?

—¿Qué cree?—sonreí—. ¿Que no lo soy?

—No dije eso. Pero parece un actor, un galán cinematográfico. Un buen modelo. Supongo que su Organismo no le permitirá posar con una pistola o un fusil ametrallador, con un fondo rojo y turbulento para unas fotografías especiales... Las pagaría muy bien,

amigo.

—No, no me permitirían hacerlo, usted tuvo razón—convine.

—Puedo pagarle hasta quinientos dólares cada fotografía. Una buena suma, incluso para un policía federal...

—No, gracias—rechacé—. Ya le dije que no iban a permitírmelo.

—Sí, claro—se quejó, plañidero—. Perdone, de todos modos. Pero usted podría presentarse en televisión, como el prototipo de un federal. Alto, arrogante, bien parecido, facciones duras y enérgicas...

—Es muy amable—corté, frío—. Pero no.

—No, claro...—hizo un gesto de resignación—. Bueno, qué vamos a hacerle... Debí suponerlo. De todos modos, si algún día cambia de opinión...

Se alejó, con un ademán ridículo. Me quedó solo con Wendy. Ella se echó a reír inesperadamente. El estudio ya no estaba iluminado en rojo y azul, sino con luces verticales, muy altas, de tono blanco. Unos empleados retiraban los decorados. Nos fuimos a un extremo más tranquilo del «set». Ella me tomó por un brazo, y yo sentí un leve escalofrío. No porque siguiera envuelta en gasas tenues, traslúcidas, sino porque su contacto creaba una rara sensación de inquietud, de nerviosismo, de sobreexcitación.

—¿Qué hay de nuevo?—me preguntó ella vivamente.

—No demasiado—la desanimé de principio—. Estamos investigando todos los datos, pero son escasos, y no vamos demasiado de prisa en los progresos.

—Ya lo imaginaba—me miró con sus ojos muy abiertos, más grandes e ingenuos que nunca, en aquel rostro bonito y malicioso a la vez—. Bantam, ¿cree que corro algún peligro?

—No lo creo. Pero, de cualquier modo, un agente vigila día y noche su vivienda, otro la sigue al trabajo... y un tercero controla sus movimientos, fuera de las horas laborales. No podemos hacer más. En esas condiciones, nadie se acercará fácilmente a usted.

—Le creo, Bantam. Tengo fe en usted.

—Gracias. Debe tener fe en el F.B.I., no en mí solamente. Yo soy tan sólo un engranaje en la maquinaria. Un simple elemento secundario, en realidad.

—Siempre está tratando desmerecerse. Yo no le creo. Sigo pensando que es un hombre muy capacitado. Y sigo pensando que

un federal es un héroe...

—Dios la oiga siempre—suspiré—. De momento, déjenos ser solamente hombres, personas normales, y nada más que eso. Señorita Turner, ¿es de fiar ese hombre que la fotografía?

—¿Ray Richmond?—ella abrió mucho los ojos—. Es un artista. El mejor en su género actualmente. Es rico, gracias a sus fotografías. Y famoso.

—Me refiero al margen de su profesión. Personalmente, ¿cómo es?

—No le he tratado mucho, al margen de su trabajo, pero creo que es un excelente muchacho. Un poco amanerado, acaso con amistades dudosas, pero buen chico. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Es que no se da cuenta? Estamos investigando en torno suyo, a su alrededor. Sus amistades, sus admiradores, sus personas más íntimas...

—¿Por qué?—la ingenuidad asomó, más que nunca, al gesto inefable de Wendy.

—¿Aún lo pregunta?—me asombré—. Esos anónimos, esas llamadas... Alguien la odia lo bastante para desearle la muerte. Tal vez no llegue a intentar matarla, pero desea hacerla sufrir, la tortura despiadadamente... Eso es odio. Odio, deseo, pasión, rencor, algo así. Un sentimiento oscuro e insano en alguien. Ese alguien, forzosamente, debe conocerla y tratarla, debe tener una relación amplia o leve con usted, pero una relación, a fin de cuentas. Amistad, camaradería, afecto, amor, contacto profesional... No sé lo que ello sea. Sólo que es algo capaz de haber despertado ese morboso placer de sufrimiento, de tortura mental, de acoso siniestro.

—Pero Ray Richmond—se echó a reír, divertida—. Oh, cielos, no puedo imaginarlo.

—Bien—la miré, muy serio—. ¿Quién, entonces? ¿Patty Welsey?

—¿Mi amiga? No, no, imposible... Patty es mi mejor compañera. Trabaja conmigo en los calendarios, compartimos un modesto apartamento hasta que pasé a ocupar el actual, cuando tuve un mejor contrato y se hizo necesario cambiar de ambiente...

—¿También Patty cambió su ambiente?

—No—Wendy inclinó la cabeza—. Ella sigue en el apartamento que antes ocupamos las dos. Ahora vive sola.

—De modo que no prosperó como usted.

—No, no tanto. Se defiende, pero... Dicen que su línea es más anticuada que la mía que no la exige tanto el público. Cosas de nuestro mundo publicitario, Bantam.

—Cosas de cualquier esfera de la vida humana, señorita Turner. Siempre está el que sube, el que se queda... y el que cae. A veces, eso despierta odio, rencor, envidia... Y cualquiera de esos sentimientos dicta acciones indignas, feroces incluso.

—Patty, no. No pudo ser ella. Jamás. Es la que me aconsejó que...

—Sí, lo sé. Que fuera al F.B.I, y no a la Metropolitana. ¿Fue usted a verla para pedirle consejo?

—No. Ella vino a visitarme. Comimos juntas, hablamos... Le expuse mis temores y me dio un consejo, eso fue todo...

—Si la montaña no viene a uno, uno tiene que ir a la montaña—suspiré, asintiendo—. ¿Cree que Patty sigue siendo la misma de antes?

—La misma, ¿por qué no? Ella no tiene envidia de mi éxito. Está contenta de que yo triunfe,

—Nunca crea demasiado en eso. Es posible que su amiga sea un ángel, pero póngalo en duda, mientras no se demuestre lo contrario sin lugar a dudas. Ella estaría mucho más contenta de que usted triunfase... y que también triunfara ella.

—¿Por qué trata de sembrar la desconfianza en mí?—se quejó Wendy.

—Por el contrario. Trato de hacerle ver que es suicida una confianza ciega en los demás. No haga eso nunca. No se fíe de todo el mundo sin saber a qué atenerse. Hágame caso, señorita Turner. No le pido desconfianza o recelo, sino prevención, falta de ceguera en las supuestas o auténticas amistades...

—Patty es mi mejor amistad, lo sé—sostuvo, enérgica—. La mejor.

—¿Y la peor?—repliqué, rápido—. ¿Cuál es?

Se quedó dudando en principio. Luego me estudió boquiabierta.

—¿La peor? No le entiendo...—murmuré.

—Dijo que Patty Welsey es su mejor amistad. Habrá otras. Y habrá una que considere la peor de todas. ¿Cuál es?

Inclinó la cabeza. No me miró para contestar:

—Creo... creo que Ward Keyes...

—Ward Keyes... ¿Quién es él?

Levantó poco a poco la cabeza. Me miró lealmente a los ojos. Yo no sabía lo que iba a decir. Quizá por eso me sorprendió su respuesta:

—Mi marido, Bantam...

* * *

Levanté la cabeza del «dossier». Mi cigarrillo se consumía ya. Lo aplasté en el cenicero de la oficina.

Dejé de pensar en Wendy, en aquel encuentro en casa del fotógrafo Richmond, en su lujoso estudio profesional de la calle Cuarenta y Cuatro.

Miré la fotografía que tenía en mis manos. Era como si los actos que uno hiciera se ligasen, por alguna extraña razón, con el hilván de los recuerdos, con el rosario de evocaciones que iba desgranando mi mente, mientras estudiaba el eterno «affair» de Wendy Turner.

El rostro fofo, gordo y poco amable me sonreía fríamente, con hipocresía, desde la brillante cartulina que sujetaban mis dedos.

Bajé la vista al pie, adherido a la fotografía, pulcramente mecanografiado por nuestros servicios especiales de archivo:

«Ward Keyes. Esposo de Wendy Turner. Mormón. Nacido en Salt Lake City, el 15 de abril del año 1927. Delito: Bigamia.»

Bigamia... No se le podía culpar demasiado. Era mormón de religión. Y de ideas. Pero sólo para lo que le convenía, claro está. Su nacimiento en Utah, el Estado de los mormones, no justificaba ciertas cosas. Como su matrimonio con Wendy. Y todo lo demás. Sobre todo, lo demás. Lo que siguió al matrimonio con Wendy Turner, que pasó a ser la señora Keyes, aunque por muy poco tiempo. Apenas nada...

* * *

—Usted tiene que entenderme, señor Bantam. Yo soy mormón.

—Entiendo que sea mormón. Lo que no entiendo es que se haya casado con Wendy Turner.

—Ella es bonita—los ojos pequeños y hundidos de Keyes brillaron entre sus párpados, como dos puntas de luz en el rostro

ancho y seboso—. ¿No es suficiente motivo ese?

Me sentí desagradablemente impresionado por la forma en que se expresó. Era como si hubiera dicho; «Ella era deseable y yo podía obtenerla sólo con casarme con ella.» Pero aún había más.

—No es una razón. Usted estaba casado ya. Hay una señora Keyes.

—Una señora Keyes...—farfulló él, encogiéndose de hombros—. Bueno, ¿y qué? Soy mormón.

—¿Otra vez?

—Usted no parece entender nada. ¿Conoce nuestra religión? Nos permite ser polígamos, casarnos diversas veces, tener esposas distintas... Se nos debe respetar, señor Bantam. No hay ninguna ley que nos lo prohíba o nos castigue por ello. Es un privilegio de nuestras creencias.

—Hay una ley que se lo prohíbe: la suya propia, Keyes —le repliqué.

—¿Cómo?—masculló—. ¿Qué quiere decirme con eso?

—Keyes, usted no parece darse cuenta exacta. He venido a verle porque Wendy me habló de usted. Y Wendy me dijo lo que ocurría.

—Wendy es una embustera. Una perra embustera.

—Será mejor que no insulte a nadie—avisé fríamente—. Mucho mejor, Keyes. Ella dijo la verdad solamente. Antes de venir yo a verle, fui a ver al sacerdote mormón de su templo. Me habló de usted. Los mormones le han expulsado de su religión. Usted ya no pertenece a ellos ni puede protegerse en ellos para sus villanías.

—¡Eso es mentira!—rugió Keyes—. ¡Le haré aparecer ante un tribunal, exigiéndole que me responda por esa injuria!

—No sea ridículo, Keyes. Usted se casó varias veces, con el truco de su religión mormónica. Pero no porque profesara gustoso ese precepto religioso, sino para su lucro y beneficio. Eligió siempre mujeres con algún dinero o bienes, para quedarse con todo legalmente, abusando de su condición de mormón. Ellos mismos, percatados de su clase de rufiandad, le expulsaron legalmente de la religión, y ahora es un ciudadano cualquiera. No puede, pues, casarse por simple capricho, alegando su religión y creencias, los mormones no responden de usted ni le aceptan como tal. De modo que ha estafado a esas mujeres, haciéndoles creer lo que no era. En consecuencia..., está al margen de la Ley.

—Sí, eso parece que quieren hacerme—rezongó él—. No es justo. No es decente. Es... es una infamia.

—Una infamia es la que usted comete con esas muchachas, engañándolas vilmente —acusé con ira—. Como hizo con Wendy. ¿Y por qué lo hizo? Sólo porque ella tiene ahora un buen trabajo, unos buenos ingresos, y de ese modo usted obtiene lo que desea de ella.

—Es una cochina difamación que puede costarle cara —me amenazó, furiosa la expresión, enarbolando un puño en el aire el fracasado esposo de Wendy, cuyo matrimonio se había anulado inmediatamente de celebrado.

—A usted es al único a quien muchas cosas terminarán por costarle muy caras —repliqué glacialmente—. No olvide eso, Keyes. Y deje en paz a la chica. El matrimonio, apenas celebrado, se invalidó por denuncia judicial contra usted, por bigamia. Tendrá que responder de eso ante la Ley. Sus amigos mormones no van a apoyarle en absoluto, De modo que está perdido.

—Y todo por culpa de ese cerdo...—musitó Keyes—. Ese tipo es el que tiene la culpa.

—¿Quién? ¿A qué tipo se refiere?

—Al que denunció mi boda con Wendy, al que demandó contra mí, pidiendo la anulación del matrimonio, apenas celebrado. Ese maldito canalla que protege a la chica, le paga su apartamento de lujo y le buscó la oportunidad de triunfar en los calendarios, cobrando un dineral por cada trabajo. No hay como tener buenos padrinos. ¿Y a eso le llaman decencia y honorabilidad? ¡Una perra sin honor es lo que es Wendy Turner, polizonte!

Le hubiera dado un buen puñetazo, de no ser yo un policía federal en el cumplimiento de mi deber. En vez de eso, le aferré por las solapas, zarandeándole violentamente. Acerqué mi cara a la suya y le apremié, furioso:

—Vamos, hable, puerco... Hable de una vez. ¿A qué protector se refiere? Dígallo, o le borro la cara a golpes, maldito sea...

Keyes lo dijo, seguramente porque logró asustarlo:

—Se trata de... de Howard Garfield—dijo, con voz rota

Howard Garfield... Yo había oído hablar de él a veces. Cualquiera en Nueva York, hubiera oído hablar de Garfield. Lo mismo que uno oye hablar de Rockefeller, de los Vanderbilt o de los

Ford. Son gente que suena, gente de la que se habla, aunque sólo sea por su dinero, naturalmente.

Howard Garfield tenía dinero. Y fama, porque tener dinero es, en cierto modo, tener popularidad. La fortuna de una persona pesa a la hora de valorar su prestigio, aunque en eso nos equivoquemos todos. Pero seguirnos equivocándonos desde que el mundo es mundo y hubo un rico y un pobre, un débil y un poderoso.

—¿Qué tiene que ver Howard Garfield en esto? —le apremié, furioso, zarandeándole vivamente.

—Todo. El protege a Wendy, él le paga sus lujos, sus caprichos, su apartamento de lujo, sus joyas... Él la lanzó a ser alguien, la quitó del «burlesque» donde trabajaba, e hizo de ella una figura, aunque sólo fuese como «cover» y «calendar girl».

—¿Por qué hizo todo eso? ¿Qué hay entre Garfield y ella?

—¿Es que no lo adivina?—la mirada de Keyes se hizo sutil, fría, insana, contemplándome de soslayo—. ¿Es que no lo entiende bien?

—¿Qué es lo que no entiendo?—mascullé, furioso.

—La verdad de las cosas, la razón de todo esto... —hizo un gesto irritado—. Oh, usted parece tonto. ¿No se da cuenta de que la chica es una ramera vulgar, por mucho que lo disfrace con su aire de ingenuidad, y el tipo, el tal Garfield, tiene dinero y puede comprar fácilmente a cualquier mujer como Wendy?

Era repugnante lo que insinuaba. Sucio y soez como el mismo anónimo. No sé por qué tuve que hacer lo que hice, porque eso no era lo adecuado ni lo justo, eso no era lo que debía hacer un simple policía, un agente federal investigando un asunto ajeno. Pero lo hice.

Lo cierto es que lo hice, contra toda norma de ética profesional. Me dio tanto asco la sucia insinuación de Keyes, que solté sus solapas. Pero lo hice justamente para pegarle un doble martillazo contra tórax y mentón, con ambos puños. Se dobló, con una queja, como si no esperara semejante cosa. Lo remaché con un mazazo que, pegando en su nuca, le hizo caer de bruces a mis pies, igual que si fuese un fardo inanimado.

—Cerdo—rugí—. No vuelva a decir eso. No despegue los labios para echar inmundicias sobre los demás.

—Eh, ¿qué le pasa, federal?—masculló, ya desde el suelo, mirándome con ira, acaso con odio, pálido el rostro por el efecto de

los golpes, inyectada su mirada en sangre, contraído el rostro por una fría y extraña ira—. ¿Qué dije contra usted?

—No dijo nada—repliqué—Pero acusó a una muchacha, la insultó horriblemente. No tiene derecho a hacerlo, ¿entiende?

—Espere, espere...—comenzó a incorporarse, con aire sarcástico—. ¿Qué diablos de bicho le ha picado, Bantam? Usted dijo que era solamente un federal ayudando a Investigar unas amenazas de muerte contra mi esposa..., o ex esposa, como quiera llamarla. Pero nunca vi a un simple policía poniendo tanto calor en defender a una chica... ¿No será que ella le ha engatusado también a usted? ¿No será que está encaprichado de ella y de sus malditos trucos de mujer bonita, y se ha convertido en su caballero andante de turno?

Yo no contesté, y él se echó a reír, de una forma hiriente, sarcástica. De buen grado le hubiera borrado la risa a golpes, pero tenía que recordar que yo era justamente lo que él acababa de decir: un policía investigando un caso, no un caballero andante defendiendo a una dama desvalida. Eso ha pasado ya a la historia. No hay caballeros andantes por el mundo. Ni, posiblemente, tampoco haya damas desvalidas.

—Keyes, será mejor que no vuelva a repetir esas cosas, a pesar de todo. Me recuerda usted demasiado al autor de los anónimos...

—¿A quién?—aulló, repentinamente alarmado.

—La persona que escribe anónimos y telefonea amenazas de muerte a Wendy Turner, tiene, justamente, su mismo vocabulario. Por otro lado, si alguien odia a Wendy lo suficiente para una revancha vil y repugnante, ese alguien podría ser usted, cuyo matrimonio de conveniencia fracasó rotundamente, y tuvo que separarse de ella, incluso por orden de sus colegas mormones. Créame, no será agradable para usted que yo llegue a la conclusión de que usted sea el autor de esos anónimos, porque la acusación de amenazas de muerte, telefonadas o escritas, es un grave cargo para cualquiera. Recuerde que el Federal Bureau of Investigation tiene plena autoridad sobre la cuestión, y puede caer sobre usted con todo el peso de su poder, porque tanto el teléfono como el correo son medios gubernativos de comunicación, y el F.B.I. tiene, por tanto, plena jurisdicción sobre quien utilice cualquiera de ambos métodos para dirigir amenazas de muerte contra una persona o personas cualquiera.

—Sobre todo, contra Wendy Turner, ¿no es cierto, Bantam?— dijo con sarcasmo mi interlocutor

Le miré furiosamente. Era una de esa clase de ratas que produce complacencia estrujarlas bajo el tacón del zapato, librándose de ellas para siempre. Pero no podía hacerlo. Incluso un federal tiene sus límites, y Keyes no ofrecía más delito probado que el de resultar tremendamente odioso y repugnante a cualquiera.

—Ya que lo menciona, será prudente para usted recordar que sí —murmuré glacial—. No estaría bien que intentara nada contra Wendy, fuese lo que fuese. Yo soy un policía, Keyes, pero también soy un hombre. Wendy me parece una chica digna de ser defendida de la gentuza de su calaña. De modo que manténgase alejado de ella, en tanto yo me ocupe de protegerla contra cualquier enemigo.

—Yo no soy su enemigo—protestó Keyes—. Y aunque no sienta por ella gran afecto, no sería capaz de hacerle daño alguno.

—¿De veras?—dudé fríamente.

—Ni siquiera podría amenazarla, escribirle cosas así, como las que usted ha mencionado—aseguró el tipo con aire humilde.

—Eso es lo que usted dice—repliqué—. Permítame que no le crea demasiado, Keyes. Ni a usted, ni a ningún otro que me lo afirme de igual manera. Porque el autor de esos anónimos, de esas amenazas, jamás daría realmente la cara, ni admitiría su delito, salvo cuando se viese totalmente acorralado y con todas las pruebas en contra suya. Por el momento, lo cierto es que usted, y solamente usted, Keyes, tiene un motivo y una razón para haber enviado tales amenazas a Wendy...

—¿Se ha vuelto loco?—rugió él—. ¡No sé nada de nada de todo eso que usted dice! ¿Por qué no pregunta a Garfield mejor? Ese millonario podría quizás revelarles cosas que usted ni siquiera puede imaginar...

—¿El millonario Garfield, que usted asegura que protege y paga los caprichos de Wendy? ¿Por qué tendría que hacerlo precisamente él? Usted ha insinuado que ella es lo bastante liviana y egoísta como para ceder a los deseos de ese hombre y venderse a su dinero... ¿Qué interés puede tener un hombre que lo consigue todo de la mujer deseada para aterrorizar a ésta con amenazas?

—Usted no sabe la mitad de las cosas que ocurren en torno a Wendy, polizante—se irritó Ward Keyes, el mormón—. Usted no

puede saber que si ella le hace caso es sólo por su dinero, pero que sus deseos, su pasión, sus sentimientos de mujer, pueden ir en una dirección muy distinta...

—¿Qué dirección?—apremié vivamente, volviendo a aferrar al mormón—. ¡Hable de una vez por todas, maldito puerco! ¿A qué se refiere exactamente cuando habla así?

—No... no debo hablar de eso... No debo decir nada...

—Lo dirá aunque tenga que sacarle la piel a tiras. ¿A qué se refiere? ¿Qué es lo que trataba de dar a entender con lo que ha dicho hace un momento? ¿Es que hay otro hombre en la vida de Wendy Turner?

—¿Si lo hay? Claro que sí...

—¿Quién? ¿Quién es ese otro hombre, si realmente existe?

—Desde luego que existe. Pero yo no debo hablar, no debo decir quién es él...

—Ya me escuchó antes. Le aseguro que va a arrepentirse si deja las cosas a medias. No soy nada complaciente con las personas que me irritan y enfurecen. Quiero la verdad, sea cual sea. Quiero que usted me diga lo que hay, maldita sabandija, y quiero saber ese nombre inmediatamente. ¿Lo ha oído? ¡Inmediatamente!

Le zarandeaba con fuerza, hasta acorralarlo contra la pared. Sin duda creyó que podía machacarle contra ella, porque me contempló con rostro sudoroso, crispado, de violenta expresión, y le oí murmurar, jadeante:

—Ya... ya basta... Suélteme... Le diré lo que quiere saber, pero no me haga daño.

—Hable y le soltaré—repliqué áspero.

Lo hizo. Habló con brevedad:

—Es... es Víctor King, el actor de Broadway y de Hollywood... El cantante y bailarín actor de las grandes comedias musicales...

CAPITULO IV

CERRE el «dossier».

Me puse en pie, caminando hacia la salida. Ya había evocado bastantes cosas sobre Wendy Turner, mientras hojeaba aquel expediente sin salida, aquel caso sin resolver, iniciado con una denuncia por amenazas de muerte proferidas por teléfono y por correo, y terminado en un crimen, en una muerte.

En la muerte de Wendy...

Un fracaso para mí. Un fracaso para el F.B.I. Un fracaso para todos. Y una víctima de todo ello: Wendy Turner...

Bajé al bar del edificio federal a tomar algo. No había mucho por hacer aquel día en nuestro Departamento de Leyes Federales. Asuntos de derechos civiles, no siempre claros, pese a la flagrante violación de los más sagrados derechos humanos en una sociedad libre, problemas raciales y cosas así. Ned Bowles se ocupaba de ello habitualmente.

Yo me ocupaba del caso Turner. Que era como estar metido en un callejón sin salida. Sin datos, sin indicios, sin pruebas acusatorias contra nadie.

El nublado continuaba sobre Manhattan. Contemplé el cielo gris sobre los rascacielos mientras apuraba una copa de aperitivo en el bar. Me pregunté cuánto tardaría en llover. No mucho, ciertamente. Quizás aquel mismo día, seguramente por la noche.

Enfrente, la cartelera de un cinematógrafo anunciaba una nueva y sensacional película musical, de inmediato estreno en Broadway.

Su protagonista principal era Víctor King.

Victor King, el cantante, bailarín y actor. Un hombre que era el ídolo de millones de mujeres de todo el país.

Victor King...

Su rostro fotogénico, su sonrisa amplia, de dientes blancos e iguales, su figura esbelta, a la que tan bien sentaba el «smoking»,

aunque muchas veces vistiera de marino o deportivamente, según el carácter del asunto del musical, aparecía sobre un fondo radiante de muchachas bonitas, de espectáculo, de luces y de escenografía brillante.

Victor King, el gran amor de Wendy Turner. El gran amor de entonces, cuando su ex esposo Keyes, el mormón, me reveló su nombre...

Me pareció estar nuevamente ante King, entre bastidores, en el escenario de Broadway, esperando su mutis final, tras el apoteosis, rodeado de bellísimas criaturas inverosímilmente poco vestidas, de figuras esculturales, de piernas iguales y bien torneadas, de cabelleras rubias, artificiosas o no, y de lentejuelas y pedrería hasta deslumbrar al público fervoroso del patio de butacas, lleno como siempre que se presentaba un musical con Victor King.

King terminó entre ovaciones inenarrables, retirándose entre cajas, sudoroso y cansado de repente, para reaparecer en escena, bajo los poderosos focos de mil colores, con una renovada expresión sonriente, feliz y cordial hacia su público.

El saludo se repitió ocho o diez veces, y otras ocho o diez veces, el milagro de que un rostro fatigado y malhumorado cobrase vitalidad y simpatía, se produjo cara al público, para tornarse definitivamente áspero y abrumado en cuanto el telón cayó de forma definitiva, ahogando los últimos aplausos.

—Es agotador—le oí mascullar, enjugándose el sudor— con gesto irritado—. Esta obra resulta demasiado larga para cualquiera. Deberían suprimir el número del zoo y el de la escalera de incendios, o terminaré muerto...

—Sí, Víctor, claro que deberían hacerlo, pero tú sabes cómo es Garfield...—habló a su lado, caminando precipitadamente con el artista, en dirección al camerino de éste, un tipo pequeño, pelirrojo y servil—. Le gusta así la obra, y así debe seguir en cartel. De otro modo, él piensa que podría fracasar rotundamente. Es supersticioso, tú lo entiendes, ¿verdad?

—Yo no entiendo nada, Hickory—se enfadó King—. Sólo entiendo que Garfield no es más que el empresario, que está chiflado por presentar buenos espectáculos y que hablen de él en los diarios, y, a ser posible, que alguna de las chicas bonitas de la compañía le sirva de escolta por el mundo nocturno de

Manhattan...

—Por favor, Victor, no hables así de Garfield —pidió el llamado Hickory—. Puede escucharte cualquier periodista, cualquier chismoso de gacetillas teatrales, y publicarlo mañana en los periódicos...

—Me tiene sin cuidado—refunfuñó King, deteniéndose ante la puerta de su camerino, donde una brillante estrella dorada había sido marcada con su nombre—. Yo soy Victor King, y ese Garfield no puede hacerme ningún daño. Puedo vivir sin esta maldita obra, y estar tranquilamente en Hollywood, haciendo mis películas. Aún no entiendo por qué no me ha sustituido en cartel por Gene Kelly, por Donald O'Connor o por Dick Van Dyke, si lo prefiere. Estoy harto de este musical, y lo repetiré tantas veces como sea preciso, incluso ante los periodistas, si es preciso.

—Victor, por Dios.—imploró Hickory.

Victor King, repentinamente, se había quedado mirándome a mí muy fijamente, con cierta hostilidad. Es como si acabara de descubrir mi presencia en el escenario, pese a que ya había observado él que le seguía hasta su camerino.

—¿Es usted acaso uno de esos periodistas chismosos?—me espetó bruscamente.

—No—sonreí—. No soy periodista.

—Vaya... Iba a repetirle lo mismo que dije a Hickory hace un momento, para que usted lo publicara y mañana se le cortase el apetito durante el desayuno, al leer la prensa, a mi empresario, Howard Garfield. ¿Qué busca usted aquí entonces? ¿Un autógrafo? Pase, y le firmaré una de mis fotografías más recientes...

—No vengo a por autógrafos —rechacé con una sonrisa divertida.

—¿Entonces, qué busca usted aquí?

—Soy agente federal—le mostré mi credencial—. F.B.I, señor King.

—F.B.I...—pestañeó perplejo, como si yo acabara de caer de la luna. Imagino que del mismo modo miraría el Conde de Guiche a Cyrano cuando le apareció en la calle, súbitamente, mientras casaban a Roxana con Christian. Luego, King masculló—: ¿Qué tengo yo que ver con el F.B.I.? Hickory, ¿no pagaste puntualmente los impuestos este año?

—Claro, Victor. Tengo los comprobantes del Fisco, y...

—No siga—le interrumpí—. No soy del Fisco. El F.B.I, es algo más que eso.

—Oh, seguro. Pero tampoco trafico en alcohol ni en drogas—rió King.

—Traficar en alcohol dejó de ser delito hace treinta años—solté la risa—. Y tampoco me ocupo de narcóticos ni cosa parecida.

—Pues entonces, no lo entiendo. Usted es del F.B.I, y viene a verme a mí.

—Exacto. Vengo a verle a usted.

—¿He hecho algo malo?

—No, no lo creo. Al menos, aún no...

—¿Qué quiere decir con eso?

—Se lo explicaré si me deja pasar a su camerino.

—Claro. Entre, entre. Hickory, es mejor que nos dejes solos un momento. Ya te avisaré.

—Pero, Victor, puedes resfriarte. Tienes la ropa empapada, y...

—Te dije que te avisaré—cortó King fríamente—. Déjame con este caballero.

—Está bien —el pelirrojo Hickory se alejó, solemne, como el que se siente ofendido—. Ya te dejo.

King me hizo pasar cortésmente delante. Pasé a su camerino.

Era amplio y confortable, no como esos camerinos estrechos e incómodos de las figuras secundarias de cualquier compañía teatral. Por algo era él la figura, la «estrella» del programa, un hombre famoso en el cine y en el escenario.

Tenía un tresillo suntuoso, una mesa con revistas, un biombo con bar detrás, una cortina que conducía a otra sala donde él se cambiaba y maquillaba. Nos acomodamos en el tresillo. Él enjugó el sudor de su rostro y cabellos con una toalla.

—¿Algo dé beber? —preguntó.

—No, gracias—rechacé.

Se acomodó junto a mí, intrigado. Me contempló muy serio. Tenía los ojos tan grises como en el cine, y el cabello tan oscuro y lustroso como en cualquiera de sus películas. Si acaso, su piel resultaba algo menos juvenil que en la fotografía en technicolor,

—Bien, espero sus razones para visitarme, señor...

—Bantam. Larry Bantam, de Leyes Federales. ¿Sabía usted que

amenazar por teléfono o carta, profiriendo amenazas de muerte, es un delito federal?

—Creo que no—parpadeó sorprendido—. No lo sabía. Nunca estuve muy fuerte en leyes, federales o no Sólo sé que debo pagar mis impuestos puntualmente, o voy a la cárcel por defraudación fiscal.

—King, usted conoce a una muchacha llamada... Wendy Turner, ¿no es cierto?

Otro parpadeo. Se humedeció los labios, sorprendido, Me miró con cierta indecisión, sin saber qué hacer o qué decir.

—¿Quién le ha dicho eso?—replicó a su vez, preguntando también, sin aventurar una respuesta.

—Poco importa. Me interesa saber si mintieron o no.

—Debieron mentir—afirmó cauto—. He conocido a una chica llamada así. Pero es la acompañante de turno de Howard Garfield, el millonario que financia esta maldita obra musical que estoy interpretando yo.

—De modo que podríamos decir que Wendy Turner... es la amante de Garfield.

—No sé—pareció dolido por mi crudo modo de exponer las cosas—. Es muy joven para él. Posiblemente la corteja con ánimo de hacerla su amiga oficial. Esas cosas no me incumben.

—Garfield es muy mayor para Wendy. ¿Y usted?

—Ya le dije que yo no tengo nada que ver en el asunto. Es cosa de él. ¿Por qué me mete a mí en esos líos?

—Alguien me dijo que Wendy amaba a otra persona. Concretamente a usted.

—Muy halagador —suspiró, bajando la cabeza—. Wendy es bonita. Pero no, no es cierto. No puede serlo. Ni siquiera nos hemos tratado, salvo en una ocasión, superficialmente, la noche que celebró Garfield la fiesta en homenaje al estreno triunfal de esta revista.

—¿Hablaron usted y ella esa noche?

—Infiernos, claro que hablamos. Como hable con otras muchas jóvenes que asistían a la fiesta, incluida Julie Andrews y también Liz Taylor. Pero le aseguro que no hay nada tampoco entre ellas y yo.

—No se enfade. Tengo que comprobar las cosas que me dicen.

Esta es una investigación, ¿comprende?

—Comprendo, sí. Una investigación para aclarar, ¿qué?

—Lo que antes le dije Anónimos. Amenazas de muerte.

—¿Contra quién?

—Contra Wendy, naturalmente. Alguien la amenaza con matarla. No sabemos si todo quedará ahí, o el autor de los anónimos cumplirá su palabra.

—Eso es horrible... y repugnante.

—Repugnante, sí. Sobre todo, sabiendo le que dijo ese hombre por teléfono, lo que escribió en una carta... Los insultos más tremendos y vergonzosos, junto con la amenaza implícita de muerte. No sé si es un sádico, un loco o un criminal.

—¿Y de eso se ocupa usted, Bantam?

—Ya le dije que es delito federal.

—¿Qué le ha dicho ella de todo eso?

—Está asustada. Y es natural que así ocurra.

—Debió ir a contárselo a Garfield, no a mí —protestó King—. Me atribuyen muchos idilios, créame. Es buena publicidad para una chica decir que tiene relaciones más o menos íntimas con Victor King.

—Ella jamás dijo eso, King.

—¿No? ¿Quién entonces?

—Ward Keyes, un mormón.

—Ese cerdo... —se controló súbitamente, apretando los labios, como si ya hubiera dicho demasiado Irguió la cabeza y me miró, muy fijo, desafiante incluso—. Bantam, le aseguro que dije la verdad. No hay nada entre esa chica y yo.

—Pero existe algo, una relación entre ambos...

—Bien, eso... es cierto —suspiró—. Garfield no debe saberlo. Le quitaría todo su apoyo. Y esa pobre chica necesita ayuda. Se la merece.

—¿Está enamorada de usted?

—La verdad es que lo ignoro. Muchas se enamoran de mí, pero todo eso es falso. Realmente, se enamoran porque soy Victor King y soy famoso. Si no fuese figura del cine y el teatro, pasarían por mi lado sin fijarse siquiera en mí. Wendy es diferente.

—¿Por qué es diferente?

—Porque estoy enamorado de ella. Soy yo quien la ama,

Bantam.

—¿Y ella?

—Solamente reveló cierta simpatía por mí. No se deslumbra por mi fama ni mi personalidad artística. Eso resulta sorprendente. Y muy agradable, en cierto modo.

—Le entiendo. ¿Por qué cree que ella no le ama?

—No sé. Pienso que es una muchacha muy ingenua, dentro de la malicia que se precisa en una mujer bonita para sobrevivir en esta jungla de Manhattan y alcanzar algo en la vida. Desde luego, no creo que sienta nada por Garfield. Pero sabe por experiencia que necesita un protector, o se hundiría, como tantas otras. Es mejor soportar a Garfield, que es un hombre correcto y educado, cargado de millones, que descender más bajo para seguir adelante.

—Evidentemente, sí siente usted algo por ella. La tiene en un gran concepto.

—Tal vez ella merezca ese concepto, sencillamente.

—Sí, tal vez... —convine. Miré a King largamente, frotándome el mentón—. Creo que es todo lo que quería saber. Había imaginado otra cosa de la relación sugerida por Keyes entre usted y la chica,

—Keyes es un sapo. ¿Ya sabe que se casó con Wendy para explotarla, y gracias a que se descubrió su delito de bigamia quedó anulado ese matrimonio, antes de que todo resultara irreparable?

—Sí, ya lo sabía. Tampoco a mí me cae nada bien el mormón.

—Debería usted arrestarlo y meterlo en la cárcel. El escribió ese anónimo, estoy seguro.

—Yo no puedo estarlo tanto. No todavía, ciertamente. Es demasiado arriesgado acusar a alguien de un delito, sin evidencia alguna, sólo porque a uno no le cae bien esa persona. Si fuera tan fácil, King...

—Le pido una cosa, Bantam —me aferró inesperadamente un brazo, inclinándose hacia mí—. Descubra al culpable. Evite que a esa chica le ocurra nada. Si hace falta dinero, dígame cuánto necesita, y Hickory le entregará un cheque por...

—No soy un detective privado, King, sino un policía federal—le recordé—. Nosotros no cobramos nuestros servicios a nadie. El F.B.I. nos paga para hacer lo que hacemos. Sólo espero que, en este caso, todo quede simplemente en amenazas.

El semblante del famoso artista de variedades del cine y el teatro

se nubló al preguntarme con voz ronca:

—¿Cree... cree usted que podría alguien llegar a...? Oh, no, Dios mío, eso sería monstruoso, incalificable...

—Sí, creo que sería monstruoso e incalificable, pero hay que prever que lo intenten. Hemos tomado toda clase de precauciones, pero siempre cabe un descuido, un fallo, un error de ella misma, por exceso de confianza, haciendo inútil nuestra vigilancia. Espero que esté segura, sin embargo, hasta que nosotros demos con el autor de las amenazas...

—Yo lo espero también. Bantam, haga lo que sea. Créame que ella lo merece de verdad...

—King, usted, evidentemente, está muy enamorado—observé, poniéndome en pie despacio.

—Sí, mucho—admitió, inclinando la cabeza—. Por vez primera en mi vida siento algo así por alguien. Y ese alguien es, desde luego, Wendy Turner. ¿Responde eso a todas las preguntas que vino a hacerme?

—Casi a todas. Me queda una sola por hacerle, pero imagino que no tiene respuesta para ella, o ya me la hubiera dado.

—Hágala, de todas formas.

—Aparte de Keyes, ¿usted creería a alguien capaz de telefonarle amenazas horribles a Wendy, y capaz de escribirle un mensaje anunciándole su inmediato asesinato?

—No, Bantam... —movió su cabeza en sentido negativo—. No tengo la más mínima idea sobre ello...

—Gracias—suspiré—. Es todo.

Abrí la puerta. Hickory, el pequeño y pelirrojo ayudante de King, se apresuró a entrar en el camerino, procedente del corredor, donde había estado aguardando. Cerró tras de sí con cierta brusquedad, como si estuviera irritado con mi presencia allí.

Caminé hacia la salida del escenario, cruzándome con dos muchachas semidesnudas que me sonrieron, antes de meterse en sus camerinos a terminar de cambiarse para abandonar el teatro.

* * *

Sí, era fácil evocar todo eso, viendo allí, en las grandes carteleras, el anuncio de la próxima película suya a estrenarse. Victor King tenía el mismo gesto, la misma apariencia en la realidad

que en aquella cartelera.

Me pregunté qué estaría haciendo ahora, qué sentiría, tras la muerte de Wendy, tras el fracaso de todos nosotros. Me pregunté qué pensaría de mí, que le había hablado de protección, de velar por la vida de Wendy...

Terminé mi aperitivo. Me dispuse a volver a la oficina, a trabajar un poco antes de la hora del almuerzo.

—Buenos días, señor Bantam.

Era una voz de mujer. Sonaba a mis espaldas.

Me volví. Había conocido aquel timbre de voz. Pude comprobar que era ella.

—Buenos días, señorita Welsey—saludé—¿Usted por aquí?

—He venido a verle.

Estudí en silencio a Patty Welsey. La antigua amiga de Wendy, su compañera de apartamento, hasta que Wendy se fue al que sería su último domicilio en este mundo...

Patty estaba igual que cuando yo la vi, antes de morir Wendy, cuando fui a interrogarle sobre las personas que ella imaginaba podían odiar a Wendy hasta el punto de dirigirle aquellas horribles amenazas de muerte.

Alta, esbelta, como modelo que era, el cabello levemente caoba, bien peinado, y los ojos intensamente verdes, en el rostro atractivo, de sensual expresión.

Vestía un traje muy elegante, tan verde como sus ojos. Parecía llena de vitalidad y de optimismo.

—¿Qué toma, señorita Welsey? —la invité.

—Un Martini. Pero, ¿qué tal si nos sentamos?

—Está bien.

Nos acomodamos en una mesita, frente a los ventanales asomados a la avenida, repleta de tránsito y ruidos a aquellas horas de la mañana. La contemplé en silencio, esperando a que ella iniciara la charla. No lo hizo hasta que hubo probado un sorbo de su copa de martini.

—¿Han descubierto algo sobre la muerte de Wendy? —preguntó.

—No, nada —suspiré—. Sigue siendo un callejón sin salida. Se cierran todas las puertas. Uno no sabe ya qué rastro seguir...

—Sí, entiendo eso. Resulta todo tan extraño... Aún no puedo imaginar a Wendy sin vida... —se estremeció—. Es espantoso, señor

Bantam. Ella era la imagen misma de la vida..., y ya no existe.

—No, ya no existe. Hemos de hacernos a esa idea, compéndalo.

—Es difícil de comprender. Y más aún comprender que exista una persona capaz de odiarla. Tan capaz, como para asesinarla cobardemente.

—Sin embargo, así fue como sucedió. Creo que nada resolvemos con atormentarnos, preguntándonos qué pudo suceder y por qué sucedió así. Lo que cuenta es que el asesino existe. Y que tiene que ser hallado, tarde o temprano. Yo soy de las personas que sostienen que no importa el tiempo que transcurra si al final se hace justicia y la Ley se cumple.

—Pueden pasar años enteros sin que sepamos quién fue el culpable, sin que éste pague su delito, Bantam.

—Claro que pueden pasar. Lo importante es que ese día llegue, que el crimen no quede impune.

—Bantam, he venido a verle porque tengo que decirle algo.

—¿Relacionado con Wendy?

—Por supuesto. Pensé que era conveniente que usted lo supiera.

—¿Qué es ello?

—Se refiere a algo que sucedió antes de irse Wendy a su lujoso apartamento de Broadway. Cuando ambas vivíamos juntas en un mismo apartamento.

—La escucho. Cualquier cosa, incluso la más trivial, puede ser importante. Muy importante.

—Bantam, a Wendy, le gustaba mucho la música, usted quizás lo sepa...

Entorné los ojos. La música... Sí, claro que lo sabía. Le gustaba mucho la música. Especialmente cierta clase de música. «Jazz». Piano, saxo, clarinete, trompeta, ritmo de «blues»...

En su funeral, alguien había tenido la idea de tocar un réquiem original. Un réquiem en «blues». Músicos negros, amigos de Wendy. Buenos muchachos todos. Tristes muchachos, como siempre son los muchachos negros que han sufrido de niños en las plantaciones y de mayores en las ciudades, en los hermosos y tristes «ghettos» de nuestro país. En esos barrios donde se juntan los hermanos de una raza despreciada o perseguida por el solo hecho de tener la piel oscura.

Aquellos músicos negros habían sentido la muerte de Wendy. Yo

vi llorar al trompeta que entonaba el «solo» de los «blues», largo y penoso como un lamento hecho de metal y de sentimientos desgarrados.

—Ella amaba la música—recité despacio, abriendo los ojos—. Sobre todo el «jazz»...

—Veo que lo recuerda. Sí, le entusiasmaba el buen «jazz» bien interpretado. Decía que esa clase de música era a veces como el alma misma de Nueva York, tratando de luchar contra la frialdad y la deshumanización de la urbe... No sé si tendría razón, pero ella veía así las cosas, después de todo.

—¿Qué tiene que decirme sobre todo eso, señorita Welsey?

—Wendy iba muchas veces a un club en «Tin Pan Alley». Es una auténtica cava para amantes del «jazz». Allí no se hacen distinciones, ni hay discriminaciones por el color de la piel. Negros son los dueños, los músicos, gran parte de la clientela... Pero los blancos son bien acogidos, y nadie se fija en su raza. A Wendy le gustaba ir allí a veces.

—«Boony Room»—recité despacio—. Propietario, Amos Boony, de piel negra como el charol y corazón blanco como el de un corzo. Daisy Lee canta los «blues».

—Exacto—me miró sorprendida—. ¿Cómo lo sabe?

—Estuve allí una noche.

—¿Con... Wendy?

—Sí, con Wendy. Pero dejemos eso. Usted vino a decirme algo. ¿Qué es ello?

—Se relaciona con ese local, el «Boony Room» de «Tin Pan Alley».

—La escucho, señorita Welsey.

—Allí hizo Wendy una amistad. Una rara amistad, a mi juicio. Un joven poeta y músico inconformista, lleno de extrañas teorías sobre muchas cosas. Es amigo también de Daisy Lee y de todos cuantos frecuentan el local. Creo que se droga con LSD y cosas así, y ama la música de «jazz» tanto como pueda amarla cualquiera de los más apasionados clientes del «Boony Room».

—¿Incluso como la amaba Wendy?—sonreí débilmente.

—Sí, incluso en la misma medida. Es más, recuerdo que ese hombre fue quien la regaló a Wendy un disco, una grabación de «jazz» llamada «Passion Blues».

«Passion Blues». Yo conocía esa grabación. La conocía muy bien, por cierto.

El disco predilecto de Wendy. Su melodía favorita. La que sonaba en el plato del tocadiscos la noche en que ella...

La música que yo oía en mis sueños, cuando soñaba que había vuelto al apartamento de Wendy y revivía paso a paso los hechos, hasta el momento fantástico e imposible de su retorno de entre los muertos.

Y ese disco se lo había regalado alguien. Alguien a quien yo aún no conocía. Alguien a quien ella conoció en el «Tin Pan Alley», en uno de los locales de «jazz» del más popular callejón musical de Nueva York...

—¿Cómo se llama él?—pregunté.

—Bill Callaghan.—me informó rápidamente Patty Welsey.

—Bill Callaghan. ¿Aún acude al «Boony Room»?

—Sí, en efecto.

—¿Por qué tardó tanto en hablar de esa persona?

—Sencillamente, lo había olvidado. O no pensé en ello, no sé. Fue una de esas cosas que pasan por la mente de una y luego se borran. Debí recordarlo. Debí hablarle entonces de Callaghan. Pero, claro, no logré relacionarlo jamás con la muerte violenta de Wendy... Quizás es que estaba demasiado impresionada por ese suceso cuando usted vino a verme la segunda vez. Y por el hecho de existir esas amenazas en la primera ocasión. De cualquier modo, señor Bantam, ni siquiera pensé en ello.

—¿Por qué lo ha pensado ahora, súbitamente?

—Estaba recordando cosas de Wendy el otro día, cuando encontré un librito de fósforos del «Boony Room» y un número de teléfono en él, con las iniciales B. C. Wendy lo debió olvidar en una gaveta de la cómoda, cuando cambió de alojamiento. Yo recordé en seguida a Callaghan. Y pensé que tenía que decírselo a alguien. Sobre todo tratándose de Callaghan.

—¿Por qué tratándose de él?—me interesé.

—Porque aparte de ser un inconformista violento, un muchacho extraño y complejo, aparte drogarse, tener unas ideas muy especiales sobre el amor, el pecado y la reencarnación del alma humana después de la muerte..., una vez, ese muchacho estuvo mezclado en algo feo.

—¿Cómo qué?

—Como... un asesinato.

CAPITULO V

UN asesinato.

Otro asesinato. Alguien que no había sido Wendy Turner, ciertamente. Un viejo asesinato. Estaba pensando en eso mientras ella cantaba en la plataforma, delante de la orquesta del «Boony Room».

Ella era Daisy Lee, la mulata del local. Una de las mejores cantantes de «blues» de la ciudad, que era tanto como decir del país. En su voz pastosa, cálida y triste, los «blues» de los algodóneros de la Lousiana tenían matices patéticos y hermosos a la vez, como si el sufrimiento y la nostalgia del negro dolido y desgarrado llegara a vibrar en cada nota, en cada instante de la canción.

Escuchaba yo a Daisy Lee con el mismo religioso silencio con que lo hacían todos en el «Boony Room». Asistía a la mágica estructura de notas y de cadencias, de ritmos y de vibración en la voz maravillosa de la joven de color, en los fondos orquestales de piano, clarinete, saxo y trompeta.

Y pensaba en Bill Callaghan. Pensaba en el amigo de Wendy, el hombre que la regaló «Passion Blues», el disco que acompañó su último momento en la vida. Los «blues» que interpretaron sus amigos de color en el funeral, como un réquiem extraño y patético...

Bill Callaghan, poeta y músico; inconformista y drogado; esotérico y puritano a la vez.

Y mezclado en un crimen...

Tal vez nada de eso tuviera importancia. Pero sí era importante comprobarlo, saberlo a ciencia cierta. Era muy importante para mí.

Tomé un sorbo del refresco de menta, típicamente sureño, que habían servido en mi arrinconada mesa del «Boony Room». La luz tamizada, los «blues», los focos rojos sobre la negra piel de los

intérpretes... Todo tenía una apariencia fantasmagórica y fascinante a la vez.

—¿Me buscaba?

Le miré. Era alto, muy alto. Largas melenas, barbita incipiente, ojos estrechos y brillantes, expresión inquieta, vivaz, cuerpo enjuto, huesudo, nerviosas manos largas. Ropas informales, camisa de vivo color, pantalones de pana, sandalias de franciscano.

—Si es usted Bill Callaghan, sí—dije—. Le buscaba.

—Soy Bill Callaghan —afirmó, sentándose sin más ceremonias.

Nos quedamos mirándonos mutuamente. Hice un gesto al camarero. Él se apresuró a rechazar con la cabeza.

—No, gracias—dijo—. No bebo nada. Hable.

—Mi nombre es Larry Bantam—expuse—. Soy agente federal.

—Policía—sus ojos se estrecharon más aún, pero no reveló temor o inquietud—. ¿Qué pinta usted aquí?

—Me gusta el «jazz». Pero no he venido a oír «jazz».

—Lo suponía. Vino a verme a mí, ¿o?

—Eso es. Usted fue amigo de otra persona que también fue amiga mía.

—¿De veras?—dudó él.

—Así es. Fui su amigo, hasta que ella murió.

—«¿Ella?»

—Wendy. Wendy Turner —dije.

—Ya—respiró hondo—. Una hermosa chica. Sensitiva y delicada, pese a que no le importaba el pecado.

—¿A usted sí le importa?

—El pecado es importante. El mundo entero peca. Y ese pecado condena al mundo. Por eso vamos al caos.

Posiblemente fuéramos al caos, como él decía, pero yo no creía en que sólo el pecado tuviera la culpa. Insistí:

—¿A qué consideraba usted «pecado» en la vida de Wendy Turner?

—Todo lo que le rodeaba. Su modo de vivir, su trabajo de modelo de calendarios, su tolerancia con los hombres..., su indiferencia por muchas cosas sagradas... Sí, ella hubiera sido una gran chica, de no vivir en el pecado. Pero ya no debemos hablar de ello. Se purificó con la muerte.

—¿Cree usted que la muerte purifica?

—Es la única cosa capaz de igualar a todos los seres y hacerlos idénticos ante Dios.

—¿Es usted religioso?

—No mucho. Tengo mi propia religión, mi concepto de Dios, de lo bueno y de lo malo. Creo estar en lo cierto. Eso es todo.

—¿Cree que una muerte violenta, un asesinato, puede purificar algo?

—¿Qué importa la forma en que la muerte llegue, si llega y limpia de culpas?

—Hay alguien que hablaría así de Wendy Turner. Una persona capaz de telefonarle amenazas de muerte, una persona capaz de empujarla a la calle

—¿Qué trata de decirme? ¿Que yo lo hice?

—Solamente sugería que un asesino puede pensar igual que usted.

—Yo no tendría culpa de que fuese así—me replicó—. No maté a la chica. No le hice nunca nada malo. No hubiera podido hacérselo. Era maravillosa. Me escuchaba, me atendía, acaso creía en mí, incluso. No todo el mundo es así. Se le podía perdonar el vivir en pecado. Quizás ahora reencarne en un ser puro y sin mácula...

—Lo dudo mucho—suspiré—. Callaghan, usted me ha dicho que no importa la forma de la muerte para purificar a alguien, ¿También ese otro crimen del que antes le hablé, y en el que me han dicho que estuvo usted mezclado, purificó a alguien?

—No estuve mezclado en ningún crimen—rechazó él irritado—. Tan sólo conocí a la persona que murió, eso es todo.

—Resulta casual que dos personas que usted conoció muriesen violentamente. ¿Quién era la primera?

—Una mujer—inclinó la cabeza—. Una mujer llamada Edna Grant.

—Edna Grant. ¿Vivía en el pecado?

—Usted se burla de mí. Pero es cierto. Vivía en el pecado, sí.

—Vaya...—suspiré—. ¿Cómo murió ella?

—Cayó a un patio.

—¿A dónde?—me sobresalté.

—A un patio, en una vieja casa de Bowery. Se mató

—Si fue un crimen, debieron empujarla. Como a Wendy.

—Ustedes, los policías, todo lo complican y todo lo relacionan.

Yo nunca dije que Edna fuera asesinada. Ni tampoco creo que fuese así. Pero todos sostuvieron entonces que debió luchar con alguien y fue arrojada abajo. Alguien pensó que pudo ser conmigo la lucha. Y me miraban como si fuese culpable de algo.

—¿No lo era?

—¡No, y mil veces no, malditos sean todos ustedes!—se puso en pie irritado—. ¿Es que tengo que estar escuchando siempre lo mismo? Edna y yo éramos amigos. Nos peleábamos con frecuencia, eso es todo. No quería que fuese lo que era, una mujerzuela fácil para cualquier hombre. No lo quería, y la reñía por eso. Ella se enfurecía, yo también... Era fuerte, violenta. A veces, se volvía salvaje, se tiraba a pegarle a uno...

—En casos así, aun sin quererlo, es fácil empujarla, apartarla de uno..., y hacerla caer abajo. Entonces, es homicidio involuntario, no asesinato.

—Usted no ve más que asesinatos, Bantam. Le juro que no tengo culpa ninguna, ni sé nada de crímenes. Si acaso, he dado mala suerte a dos mujeres, eso es todo. Ni vi a Edna Grant el día que cayó o la tiraron al patio, ni tampoco a Wendy cuando fue arrojada a la calle. De haber estado yo allí, nadie hubiese hecho daño a Wendy, se lo juro.

—Pero usted... usted dijo que la muerte purifica los pecados. Y Wendy vivía en el pecado, según usted.

—Es cierto. Sólo que la compadecía por eso, sin desearle mal alguno. Estoy seguro que, de haber encontrado al hombre adecuado, Wendy se hubiera casado, y hubiese sido una chica como cualquier otra. Eran sus circunstancias, sus costumbres, las que hacían de ella lo que era, no su voluntad de pecar,

—Resulta extraño, tanto hablar de pecados, Callaghan, y usted se droga tomando LSD y cosas así,

—¿Qué le importa eso?—se engalló Callaghan.

—Habló de pecados. ¿Eso no es un pecado?

—Váyase al diablo. Claro que no. Soy un artista. Estimulo mi inspiración y mi espíritu con esa droga. No peco, no cometo delito contra el Señor. Solamente busco el estado de perfección, la evasión de la realidad de la materia...

Era inútil seguir hablando con él. Tenía sus propias convicciones paradójicas, y no sería fácil convencerle de su falta de razón. Por el

contrario, se aferraba a sus propias teorías, sin admitir otras.

O tal vez todo ello fuese solamente un engaño, una máscara, para encubrir su auténtica personalidad.

Me incliné hacia él. Parecía a punto de irse, y yo quería aclarar algo aún.

—Usted regaló a Wendy «Passion Blues» —dije.

—¿Y bien?—me miró agresivo—. ¿Es un delito?

—No, claro que no. Pero me gustaría saber por qué lo hizo.

—A ella le encantaba esa pieza. Ya le he dicho que era una gran chica. Quise obsequiarla, y pensé en ese disco. Le gustó mucho.

—Sí, mucho. Incluso la noche de su muerte sonaba en el tocadiscos...—suspíré, entornando los ojos con expresión grave—. ¿Sabe, Callaghan? Cuando me avisaron, creí recibir el golpe más terrible de mi vida. No, podía creer que Wendy... había sido lanzada a la calle brutalmente. Pensé que teníamos al posible asesino bien vigilado, y que nadie atentaría contra su vida ya... Y, sin embargo, fracasamos en todo. Estábamos en un error. El posible asesino andaba suelto, subió a su apartamento... y la arrojó a la calle.

—Siempre me he preguntado cómo supieron que había un asesino, y no pensaron en un accidente... o un suicidio.

Miré a Callaghan fijamente. Luego hablé despacio:

—No es fácil olvidar lo que entonces ocurrió. Nada fácil, Callaghan. Arriba había dos copas con licor. Una había sido cuidadosamente limpiada y no tenía huellas. Ella tuvo un visitante. Se encontraron pisadas en el piso. Esa noche de verano había estallado una corta tormenta y llovió torrencialmente. Alguien dejó señales de barro en las alfombras y el linóleo. Los zapatos de un hombre. El telefonista de abajo dijo haber visto entrar a alguien que, con el sombrero bajado, pasaba de espaldas casi a la conserjería, diciendo con voz ronca que iba al piso de la señorita Turner. Ese alguien nunca bajó. Nunca fue hallado. Y por si fueran pocos datos, en la barandilla donde Wendy fue empujada, zambulléndola en el vacío, se halló enganchado un trozo de tejido oscuro, de americana. Al empujarla, ella debió luchar un instante, y la manga del asesino se enganchó en la baranda, dejando allí hilos y un botón. Sólo eso, pero era suficiente. Hubo alguien allí. Alguien empujó a Wendy. Alguien escapó del edificio, en la confusión del

momento de caer ella al asfalto.

Hice una pausa. Callaghan me escuchaba, abstraído. Luego, yo remaché, con una leve risa irónica:

—Y lo gracioso, Callaghan, es que solamente dos días antes habíamos arrestado al supuesto autor de los anónimos, y pensamos que así, Wendy Turner estaba ya a salvo. Se descuidó la vigilancia... y ocurrió eso. Algo que nunca, nunca, llegaré a perdonarme realmente.

—El autor de los anónimos... ¿Se refiere a esas cartas y llamadas que usted citó antes?

—Sí, a eso me refería, Callaghan.

—¿Quién era él?

—Ray Richmond, el fotógrafo de Wendy...

* * *

Era difícil olvidarlo. Muy difícil.

Aquellos momentos, cuarenta y ocho horas antes de morir Wendy, quedarían para siempre grabados en mi imaginación. Era una de esas situaciones que permanecían imborrables en mi mente.

Un momento crucial para ella, para mí... Un tremendo error para todos. Una sentencia de muerte estúpida, para la mujer a quien más amé...

A medida que hablaba con Callaghan, había evocado esos instantes, a principios del verano. Cuando, como ahora, estaba amenazando estallar la tormenta, y el bochorno y el calor húmedo se habían apelmazado sobre Manhattan, haciendo irrespirable el aire, sulfuroso y amenazador.

Luego, cuando abandoné el «Boony Room», cuando caminé lenta, cansadamente, bajo la pasta negruzca que parecía ser el cielo nublado, el aire húmedo del río acariciando mi rostro y agitando mi cabello, evoqué aquella otra noche tan semejante, tan cargada y a punto de estallar como ésta.

Recordé cómo había ocurrido lo de Ray Richmond, el gran fotógrafo de artistas y de modelos.

Recordé eso. Y también mi primer momento de sinceridad con Wendy. El primero y casi el último...

—Wendy...

—Larry...

Nos quedamos mirándonos. No sabíamos cómo había podido suceder. Creo que ni ella ni yo nos dábamos perfecta cuenta de nada, pero lo cierto es que había sucedido.

Apenas diez días tratando con ella, cambiando impresiones, visitándola, comprobando su seguridad personal, animándola y dándole confianza, quitándole el miedo, la angustia de sentirse amenazada por un loco, un sádico o un criminal en potencia.

Apenas diez días de todo eso..., y de repente esto.

Nos separamos lentamente. Con dificultad. El beso había sido largo.

Ella me miraba con ojos brillantes, húmedos. Sus labios rojos, también mojados, temblaban levemente, como puedan hacerlo las alas de una mariposa.

—Es maravilloso, Wendy.

—Larry, es increíble... y magnífico.

Aún oprimía contra mí su cuerpo esbelto, maravillosamente formado.

—Wendy, no sé cómo pudo suceder.

—Yo tampoco. ¿Qué importa eso, después de todo?

—Sí, ¿qué puede importar nada?—susurré, atrayéndola hacia mí con más fuerza—. Wendy, mi vida...

—Amor...—y buscó de nuevo mis labios, en una explosión apasionada.

Cuando volvimos a separarnos, más tranquilos, nos contemplamos con cierto miedo al porvenir inmediato. Ella parecía asustada. Yo me sentía inseguro.

—Larry, ¿qué vamos a hacer ahora?—la oí preguntar en un murmullo.

—No lo sé...—incliné la cabeza—. No lo sé, Wendy...

—Larry, no quiero separarme de ti.

—Wendy, mi sueldo es muy pequeño para ti. Tu vida, tu apartamento, tus lujos...

—Oh, Larry, no hables de eso. ¿Qué importa nada? Viviremos en un sitio más pequeño y modesto. Tu trabajo y el mío serán suficientes.

—Wendy, yo no iba a dejarte trabajar. No de «chica de calendario», de «cove-girl», ni modelo.

—Sí, claro...—respiró hondo—. No es lo mismo. Siendo tu... tu compañera...

—Mi esposa, Wendy.

—Tu esposa...—brillaron los ojos extrañamente. Se estremeció, gozosa, pero en cambio parecía que fuese a llorar—. Oh, cielos, qué hermosa palabra,

—Larry... No, no puedo trabajar en esto, cuando sea... la señora Bantam.

—Claro que no. Mi sueldo bastará. Pero no habrá lujos.

—No quiero lujos, Larry.

—No habrá fiestas nocturnas, apartamentos costosos, joyas, caprichos...

—¿Quién ha dicho que tenga que haberlo?

—Wendy, no creo que fuese feliz viéndote a ti... renunciar a todo lo que es ahora tu vida.

—Larry, no sería nunca feliz si ahora tuviera que continuar mi vida, olvidarte a ti y todo eso...

—Wendy, ¿eso es cierto?—la miré asombrado—. ¿Renunciarías gustosa a todo?

—Larry, sería lo más hermoso que pudiera suceder en mi vida. Tú... y el mundo para los dos. Es todo lo que necesito, todo lo que pido...

—Wendy, no sé cómo ha podido suceder esto, pero lo cierto es que ha ocurrido. Y no quiero renunciar a ti. Ya no podría ser.

—No, no podría ser. ¿Podrás tú olvidar que yo..., que yo he tenido que vivir junto a una persona como Howard Garfield, para salir del pozo que es esta ciudad para los que fracasan? ¿Podrás perdonarme eso, Larry?

—Wendy, no hay nada que perdonar. Esa era tu vida, y yo no tengo derecho a hacer reproches. Es a partir de ahora cuando cambia todo..., si es que, realmente, deseas cambiar esta vida por algo mucho más modesto, más humilde, más vulgar... Sin éxitos, sin publicidad, sin el oropel de la fama.

—Larry, estando tú, ¿qué importa lo demás?

—Puedes equivocarte, Wendy... Mejor deberías pensarlo y...

—No. No me equivoco. No necesito pensar nada Estoy decidida,

si tú lo estás.

Oprimimos nuestras manos unidas. Sí, ella estaba decidida. Yo, también. Sabía que, por mucho que lo pensara, no iba a cambiar de idea ya.

—Entonces, esto termina ahora mismo—miré alrededor, al estudio de Ray Richmond—. Vamos ya Wendy. Coge tus cosas. Tengo mi coche abajo.

—Pero, Larry, Ray tiene que fotografiarme para ese nuevo calendario de la bebida...

—Al diablo esa bebida y el calendarlo. Alguna vez se tiene que empezar, ¿no? Es este el momento, Wendy. Vamos ya.

—Oh, Larry, creo que Ray se pondrá furioso...

—¿Por qué voy a ponerme furioso? —sonó súbitamente una voz a nuestra espalda.

Nos volvimos. Wendy se estremeció, preocupada. Yo tomé la resolución.

—Richmond, nos vamos. Wendy y yo nos vamos, ¿entiende?

—Ni una palabra. Ella se tiene que quedar y...

—Ella no se queda. Terminó, Richmond. Ya no es modelo. Busque otra.

—¿Se ha vuelto loco? El señor Garfield se pondría hecho una fiera si...

—Al diablo también el señor Garfield. Dígale que ella se va. Conmigo, ¿entiende? Vamos a casarnos. Y yo la prohíbo actuar para fotografías publicitarias. De modo que ahí terminó todo, Richmond.

—¡Espere!—palideció él—. ¡No puede hacer eso, me arruinaría el trabajo de...!

—Arréglole de otro modo, Richmond. Nos vamos.

—¡No lo harán!—rugió—. ¡No ahora! ¡La demandaré por incumplimiento de contrato y Garfield les hará la vida imposible! ¡Les destruirá!

—Garfield no destruirá a nadie. Si él es fuerte, el F.B.I, también lo es. Y yo pertenezco al F.B.I. No temo a persona alguna. Apártese, Richmond. Ya terminó Wendy este trabajo para siempre.

Richmond se apartó, confuso. Parecía a punto de estallar. Cuando pasamos junto a él, repentinamente pareció exaltarse de nuevo, y se precipitó sobre Wendy.

—¡No se irán!—chilló—. ¡No pueden hacerme esto! ¡No les

dejaré ir...!

Me costó poco apartarle, de tal empujón, que toda una serie de cajas y objetos que poseía para sus poses fotográficas rodaron junto con él, estrepitosamente, por el suelo del estudio.

Y, entre todas esas cosas, una vieja mesa, un teléfono de tiempos de Los Intocables y Capone... y una vetusta, pesada máquina de escribir Remington, que chocó fuertemente en el suelo.

Me quedé mirándola fijamente. Luego miré a Richmond, que había palidecido intensamente, con sus ojos desorbitados fijos en la máquina. Wendy no entendía nada, pero yo me incliné y examiné la vieja máquina. Alcé los martillitos de algunas teclas. Miré las letras de metal, descubriendo dos de ellas rotas en forma diagonal.

—Es la misma máquina—dije sordamente—. La que sirvió para escribir el anónimo amenazándote de muerte, Wendy.

—¡Dios mío!—musitó ella, estremecida.

—Veamos, Richmond—me encaré a él con energía—. Va a tener que explicarme esto ahora...

CAPITULO VI

RAY Richmond fue encarcelado aquel mismo día. De nada sirvieron sus protestas, sus alegaciones de inocencia, sus gritos, tratando de convencernos de que jamás había visto esa máquina antes, y la que él utilizaba para poses de sabor rancio, a los años treinta, las hacía con una Underwood de diferente tipo, no con aquella desconocida Remington que nunca antes estuvo en su estudio.

Naturalmente, apareció también una Underwood, que coincidía con la que se veía en alguna fotografía en color de las hechas por Richmond a sus modelos de «calendar-girls», pero eso no era suficiente, y el fotógrafo fue acusado formalmente de proferir amenazas de muerte a Wendy Turner, por razones desconocidas de momento. Un juez federal dictó orden de procesamiento y arresto sin fianza a nombre de Ray Richmond, fotógrafo artístico.

Y Wendy y yo empezamos a sentirnos liberados de un pesado lastre, de un temor latente: encarcelado el presunto autor de los anónimos, la vida de ella no corría peligro, y su seguridad era más cierta.

Al menos, eso pensábamos nosotros entonces...

Podía recordar muy bien el día del encarcelamiento de Ray Richmond. Fue exactamente a las veinticuatro horas de descubrir la máquina Remington en el estudio de fotografía de Broadway. Richmond pasó a disposición judicial federal aquel mismo día, y bajo la acusación de amenazas de muerte contra Wendy Turner, pasó a la celda, de la que ni siquiera la fianza podía sacarle, porque no existía prerrogativa para él, al menos momentáneamente.

Era el día antes de la muerte de Wendy Turner. La víspera de la trágica fecha en la que todo se habría perdido. La vida para Wendy, la felicidad futura para mí...

Wendy y yo estábamos en su apartamento. En el tocadiscos

sonaba «Passion Blues», y la tarde, sobre Manhattan, era cálida, húmeda y nublada. Habían caído gruesas gotas de lluvia, pero la tormenta no llegó a prosperar. Naturalmente, todo lo que se consiguió con eso es que la atmósfera se hiciera más densa e irrespirable, que el asfalto emitiera vapor caliente, pegajoso, y que el bochorno subiera de grado en Manhattan, para desdicha nuestra.

El fresco champaña de la cámara frigorífica de Wendy era un buen alivio para ella y para mí. Las copas eran burbujeos en el oro líquido y frío del buen champaña francés.

Reíamos los dos, felices y contentos, frente a las puertas abiertas de la terraza, frente a rascacielos grises, tan grises como el nublado del cielo neoyorquino de aquella tarde. Un gris que iba salpicándose ya de las luminarias de mil colores de los anuncios, desde los parpadeos de teatros, cinematógrafos y salas públicas, hasta los enormes alardes luminosos donde Nueva York grita sin voz, pero con imagen, a las gentes de sus formidables arterias ruidosas, las excelencias de refrescos, licores, marcas de automóviles, cigarrillos y cuanto pudiese producir la industria poderosa de nuestro país.

—Fue maravilloso romper con el pasado, Larry —me dijo Wendy, tras chocar nuestras copas y tomar un trago cosquilleante del helado líquido.

—Y también lo fue encontrar esa máquina de escribir. Creo que, de otro modo, nunca habiéramos podido probar quién escribió el mensaje amenazador que te dirigieron últimamente y que, sin duda alguna, tenía idéntico origen que las llamadas telefónicas.

—¿Crees de veras que Ray Richmond pudo ser su autor?

—Las pruebas son evidentes. La máquina ha sido estudiada por nuestros técnicos, se han escrito hasta una docena de mensajes idénticos al que recibiste, y se han dado a examinar por diferentes expertos. Todos coincidieron. Entre doce informes, doce dieron resultado positivo. La máquina Remington fue la utilizada para escribir aquel anónimo. Y Richmond no pudo probar cómo le llegó a él la máquina, ni quién pudo utilizarla, aparte de sí mismo.

—Pero ¿eso significa realmente algo, Larry?

—Lo significa todo. Richmond jura y perjura que adquirió una serie de objetos antiguos para sus retratos de ambiente, y que la Remington estaba entre esos objetos, comprados a un comerciante que le provee de forma habitual de dichos artículos. El comerciante,

por su parte, negó en absoluto que, entre los objetos adquiridos, hubiese una Remington. Ni siquiera había máquina alguna de escribir. Tenía firmada una relación de objetos vendidos, precisamente por el propio Ray Richmond. Dio éste su visto bueno, y la Remington no figura allí para nada. Richmond alega que fue una omisión suya, un olvido de algo tan poco importante como una vieja máquina que sólo iba a servir para ambientar las fotografías, pero ese pretexto es muy débil para que lo acepte nadie.

—Ray Richmond...—musitó Wendy, asombrada—. Me pregunto por qué precisamente él... No me cortejó nunca, no le di motivos para odiarme, ni siquiera creo que le gusten las chicas demasiado... ¿Por qué tuvo que hacer algo tan horrible?

—Hay hombres que son una incógnita viviente. Richmond es sinuoso, extraño; introvertido, incluso femenino en muchas ocasiones. Creo que, interiormente, sentía hacia ti una especie de... de envidia, de celos. Te veía demasiado hermosa para apreciarte. Y te guardó un extraño rencor enfermizo, que se manifestó en esos anónimos soeces. Muchas veces, las personas de más exquisita corrección aparente, son las que resultan capaces de llegar a la vileza y ruindad de una situación así

—Tú entiendes más de eso que yo, Larry—musitó Wendy, rodeándome con sus brazos, tras abandonar su copa de champaña, y besando mis labios. Beso al que yo respondí adecuadamente, buscando su propia boca.

El beso fue profundo, intenso.

Y su interrupción fue brusca, casi brutal.

—Es una hermosa escena la de ustedes dos, ¿no les parece?

Nos separamos. Ella gimió algo, cubriéndose e rostro. Yo giré la cabeza, buscando al que había hablado.

Aún tenía en sus dedos, colgando parsimoniosamente, la llave de la puerta. Era alto, fuerte, corpulento, de cabellos blancos, cuidadosamente peinados. Tenía la tez bronceada, los ojos claros y fríos. Vestía con elegancia. En su corbata, lucía un alfiler con dos perlas montadas en platine.

—¿Quién es usted?—pregunté, aunque sospechaba la respuesta.

—Primero debería hacer yo esa pregunta—manifestó él fríamente—. A fin de cuentas, soy quien tiene mayor derecho aquí, ¿no es cierto, Wendy?

Yo esperaba una crisis nerviosa por parte de Wendy. Debo confesar que ella me sorprendió. Se irguió, inesperadamente, encarándose con el recién llegado. Sus ojos revelaban una fría determinación. Su gesto era incluso duro, resuelto.

—Howard, él es Larry Bantam, del F.B.I. —explicó.

—Ah, un federal...—me miró con sarcasmo—. Bien, señor Bantam. ¿Eso le da derecho a disfrutar de lo que otro paga?

Estuve a punto de dispararme. Salté, poniéndome en pie como lanzado por un resorte, pero ella me retuvo firmemente, con una presión en el brazo.

—Larry, por favor—pidió—. Recuerda que aún estamos en casa. En mi casa. En la que ese hombre financió. No cometas errores. No te dejes espolear. A él le gusta hacer eso con la gente. Los que tienen demasiado dinero, creen que pueden mover los hilos de las vidas ajenas a su antojo.

—Sólo me gusta mover los hilos de los muñecos que yo compro —avisó él con acritud—. Es mi derecho, ¿no?

—No has comprado nada—replicó ella, altiva—. Solamente me has protegido a tu manera. Me diste lujos y todo esto. Bien, Howard. Es tuyo. Cuando salga de aquí para siempre, no vas a hacerme más escenas.

—¿Es tu decisión?—pareció sorprenderse él, mirándola dolido.

—Sí, es mi decisión—afirmó ella.

—¿Vas a elegir a un policía vulgar, con un sueldo vulgar y una vida vulgar?—me miró, despectivo.

—Me encanta la vulgaridad—le desafió Wendy.

—No decías eso cuando aceptaste este apartamento, tus pieles y joyas, tus trajes y lujos...

—Todo es tuyo—replicó ella, tajante—. Mañana abandonaré todo esto para siempre. Y me iré con ese mundo de vulgaridad que tanto desprecias desde tu torre de marfil. La felicidad no está siempre en una jaula de oro. Pero eso cuesta de aprender. Cuando te conocí, no sabía lo que era el mundo. Pensaba que el triunfo y la gloria, el lujo y el dinero, lo eran todo para una chica ambiciosa como yo. Lo malo es que dejé de ser ambiciosa, Howard. He aprendido la lección. No merece la pena prostituirse, venderse... Tú mismo, me abandonarías en cualquier momento, cuando surgiera «! a otra chica», la nueva «starlett» o modelo ambiciosa, una vez te

cansaras de mí.

—Era el riesgo que corrías, preciosa—sonrió Howard Garfield fríamente—. Pareciste aceptarlo de buen grado cuando viniste aquí para ser mi...

—Señor Garfield, no me obligue a dejar de llamarle «señor»—avisé, helado—. Sigo creyendo que, además de dinero, tiene usted algo más, como es honor, hombría y dignidad y respeto hacia los demás. No ensucie todo eso de repente. Ella eligió antes, cuando pensó que esto era bueno. Ahora, cree que no es tan bueno. Ella corrió su riesgo, como usted ha corrido el suyo. Ahora, parece ser que quien se cansó primero fue ella.

—Ya—me miró con sarcasmo, creo que incluso con odio. Ese curioso, frío, correcto odio de las personas que saben controlar sus emociones, aunque sólo sea de epidermis hacia afuera—. Y usted está dispuesto a recoger las sobras...

No debió decirlo. Nunca debió decirlo. Pero yo no le avisé de eso. Ni se lo reproché de palabra.

En vez de eso, olvidé que era un policía, para ser solamente un hombre. Un hombre ofendido porque han ofendido previamente a la mujer a quien ama.

Disparé mi puño inesperadamente. Le di el martillazo justamente en el mentón. Crujió como un fruto machacado. Toda su arrogancia se desmoronó lamentablemente, cuando se vino abajo y se quedó ridículamente sentado en el suelo, mirándome estúpidamente. Un hilo de sangre asomó por la comisura de sus labios crispados.

Hubo un silencio. Wendy se aferró e mí, desesperada.

—No, Larry—pidió—. No lo hagas. Él es rico, poderoso, influyente...

—Es un hombre. Y yo, otro. No voy a llamar al F.B.I, para que me proteja, ni le voy a restregar mi credencial por la cara, ni siquiera voy a empuñar un arma contra él. Somos dos tipos que luchan por algo. Si se cree capaz, que me devuelva el golpe.

Se rehízo con bastante rapidez. Se incorporó despacio. Enjugó sus labios con el dorso de su mano, se vio la sangre, y tuvo una torcida sonrisa cruel. Su mirada, al clavarse en mí, era despiadada.

—Yo no me pego como hacen en las tabernas —avisó, muy digno—. Tengo otros medios de devolver los golpes, Bantam.

Medios más... dolorosos.

—No me asusta usted. Ni sus medios. ¿Sabe una cosa? Abajo tiene usted un sobre, en conserjería. Es su dinero. El resto del pago de este apartamento por el mes actual. Yo pagué los demás días. También hay un paquete. Contiene joyas, pieles y cuanto regaló a Wendy. Está a su nombre. Deberá firmar un resguardo, y se lo entregarán. Hasta fin de mes, el apartamento es mío legalmente. Pago yo su renta, no usted. Luego, Wendy se vendrá a otro que estoy preparando para ella.

—¿Más lujoso que éste?—ironizó él, sarcástico.

—Me temo que no. Pero tiene más calor de hogar. Y un nombre en la puerta: señor y señora Bantam. ¿Entiende usted? ¿Puede ofrecerle eso a Wendy?

—No. Yo soy casado, señor Bantam, Y, además, no me casaría con una modelo o una «starlett» No tendría sentido en un hombre de mi posición,

—Vete, Howard — silabeó Wendy por mí—. Es mejor que lo hagas cuanto antes, o seré yo quien pierda la paciencia. Ya oíste. Desde hoy, esto es nuestro por unos días. No te debemos nada. Nada es tuyo. Tienes abajo tu dinero y tus cosas.

—¿Crees que te vas a divertir con eso? ¿Supones que es divertido pasar privaciones?

—Es hermoso, cuando hay a quien amar—asintió ella, cortante—. Muy hermoso, Howard, aunque tú no lo entiendas jamás.

—No, no lo entiendo — me miró, maligno—. Guárdese de mí, Bantam. Adiós a ambos. No les deseo que sean felices, porque mentiría. Ni siquiera espero que lo sean...

Salió, cerrando tras de sí. Antes de hacerlo, vi caer de sus dedos la llave, que quedó allí, sobre la alfombra, como un destello plateado, completamente inútil.

Wendy, entonces, terminó con su valor. Estalló en sollozos, se arrojó en mis brazos violentamente y la oí musitar:

—Oh, Larry, Larry... Creí que no tendría nunca fuerzas para ello... Ha sido maravilloso. Ha sido romper con todo. Con todo el pasado, con toda una vida anterior.., Pero guárdate siempre de él. Howard Garfield es mal enemigo. Nunca perdona... Nunca, Larry...

La besé. Y la conforté, animoso:

—No hay nada que temer, Wendy. Ni tú ni yo tenemos nada que

temer ya... Estamos libres. Libres los dos...

Y nuestros labios, para celebrarlo, se unieron nuevamente...

CAPITULO VII

NO, Bantam. Usted pierde su tiempo viniendo a verme. Yo no tuve nada que ver en todo aquello.

Le miré, muy fijo.

—Usted dijo entonces que tenía otros medios de golpear. Más dolorosos que los míos. Y que no deseaba que fuéramos felices. Ni siquiera esperaba que lo llegáramos a ser. Acertó, Garfield.

—Lamento haber acertado. De eso hace ya tiempo. Tres meses es mucho tiempo para un hombre como yo. Aunque Wendy viviese ahora, yo no me preocuparía ya de ella ni de usted.

—Pero no vive. Murió. La mataron, Garfield.

—¿Y qué me cuenta a mí? Era su prometida, iba a ser su esposa. ¿Por qué no cuidó mejor de ella, siendo policía?

—Porque siempre se comete un error. Este fue funesto, Garfield. Le costó la vida a Wendy. Es algo que jamás me perdonaré.

—Es su problema, no el mío.

—Oh, ya lo imagino. Tendrá ahora a su nueva amiga de turno. Otra bella chica, un poco tonta y bastante ambiciosa, ¿no es cierto?

—Sí, es posible—convino él, riendo cínicamente—. Pero algo más lista que Wendy. Esta no me dejaría por un tipo vulgar, con sueldo vulgar y vulgares recursos.

—Le felicito. Yo diría, sencillamente, que es bastante más cobarde que Wendy. Pero, a veces, el ser valiente significa arriesgar la vida, ¿no es cierto?

—¿Qué quiere decir con eso?

—Nada en especial, Garfield. Sólo que, como usted dijo, no logramos ser felices. Ella murió antes de iniciar siquiera nuestra nueva vida. Una trágica casualidad. Cualquiera diría que el asesino le escuchó a usted y se puso de su parte.

—Espere, Bantam—se irguió el millonario, repentinamente alarmado—. ¿Está tratando de acusarme de asesinato?

—No podría hacer tal cosa sin pruebas, Garfield —repliqué con voz helada—. Sólo le dije que era una asombrosa casualidad, y nada más...

—Usted es muy astuto. ¿Por qué ha vuelto ahora? ¿Cree de veras que yo maté a Wendy aquella noche?

—No he dicho nunca tal cosa.

—Pero la está pensando—se enfureció Garfield—. Es ridículo. Yo nunca llegaría a ese grado por nadie. Y menos por una chica como otra cualquiera.

—Wendy no era «otra cualquiera». Era ella, Wendy Turner.

—La idealiza demasiado. ¿Ya olvida que también se enamoró del bailarín de cine y teatro Victor King, lo mismo que dijo enamorarse de usted?

—Era natural. King era joven, famoso, brillante... Pero más bien se enamoró él de ella. En nuestro caso, era mutuo afecto, Garfield. Ella me confesó lo de King. No le amaba. Sencillamente, King tiene atractivo para las mujeres, ellas se fijan en él... A su lado, era natural que fuera así. Usted tenía al menos treinta años más que Wendy. Solamente por dinero y por conveniencias profesionales aceptaba su protección. No es un pecado demasiado grave. Una chica no necesita ser una virgen para ser digna. El mundo es duro hoy día. Muy duro. Especialmente, en Nueva York. Es una ciudad sin corazón ni conciencia. Hay que luchar para llegar a algo, o dejarse vencer y caer en el abismo. Wendy eligió un camino menos áspero, e hizo bien. Ella sabía lo que era pasar hambre, privaciones, luchar sin esperanzas, verse asediada por toda clase de aves de rapiña... Siempre es preferible soportar a un hombre solo, que tener que defenderse de un millar.

—Usted no me pone demasiado bien, Bantam, pero eso tiene cierta disculpa. Sin embargo, no puede acusarme de asesinato. Yo jamás hubiera hecho daño a Wendy. No así, desde luego. Admito que usted me resultó odioso y que yo siempre guardo rencor a las personas que me tratan mal. Pero cuando perdió a Wendy... Bueno, entonces decidí olvidar. Usted había sufrido el peor de los golpes. ¿A qué tratar de herirle más?

—Escuche esto, Garfield. Yo hice arrestar a Ray Richmond, porque él tenía la máquina de escribir que sirvió para redactar el mensaje amenazador que Wendy recibió días antes de ser asesinada.

Richmond nunca probó ser inocente, pero tampoco pudimos probar su culpabilidad. Especialmente, al morir Wendy cuando él estaba encarcelado y tenía la mejor coartada del mundo, demostrar de ser inocente del delito ocurrido. Nuestro error estuvo en imaginar que Richmond era el único peligro, y, una vez preso, suponer que Wendy estaba a salvo. Fue un error imperdonable y de todos. Lo cometió la propia Wendy, que admitió a alguien esa noche en su apartamento, una visita que luego la arrojó a la calle, brutal, despiadadamente... Fue un error del F.B.I., que retiró a los agentes que vigilaban la seguridad personal de Wendy. Y fue un error mío, que olvidé por completo toda medida de seguridad, pensando que ya nadie andaba suelto que pudiera desear mal alguno a la muchacha.

—Entiendo eso que usted me dice—suspiró Howard Garfield, paseando por su despacho del teatro de Broadway donde había ido a verle para hablar de Wendy, apenas abandoné el «Boony Room» de Tin Pan Alley—. Pero no puedo aclararle nada. No tengo nada que ver en el asunto, no sé cosa alguna que pueda ayudarle, y no volví a ver a Wendy ni visité de nuevo el apartamento. Es más, dejé allí mi llave y renuncié definitivamente a regresar. Me llevé mi dinero, las pieles y joyas de Wendy, que ni ella ni usted aceptarían jamás... Y eso fue todo.

—Me gustaría que, realmente, eso hubiera sido todo, Garfield—dije, iniciando el camino de la salida.

—¿Qué pretende decirme con eso? —se engalló el millonario.

—Sencillamente lo que le he dicho. Si usted fuera el asesino de Wendy, no habría escapatoria para usted. Cogeré a esa persona, sea quien sea. Y terminaré con ella, de un modo u otro. Es algo que me he prometido a mí mismo. Esta noche, cuando paseaba por Broadway, después de haber hablado con alguien que también podría ser culpable del crimen, pensé en usted, al evocar los sucesos de entonces y recordar nuestra escena en el apartamento de Wendy. Por eso he venido al teatro a verle. Por eso estoy aquí, Garfield, preguntándole todas las cosas que le pregunto. Y por eso, también, desee que haya usted dicho la verdad. Para no tener que perseguirle, acosarle, destruirle, si hubiese hecho el menor daño a Wendy...

—¿Usted... destruirme a mí? —casi se mofó el magnate.

—Sí, Garfield —le miré con una frialdad inexorable—. Sepa esto, no me importan sus millones, ni su influencia ni su poder. Nada me importaría si usted fuese culpable. Nada, porque lograría llevarle a la silla eléctrica, aunque fuese lo último que hiciera en este mundo.

—¿Y si eso le resultara del todo imposible, por falta de pruebas, de evidencias?

—Entonces... le mataría yo mismo. Con mis propias manos, Garfield.

—Es usted la Ley. Es usted un federal, ¿ya lo ha olvidado acaso?

—Nunca lo olvidé. Pero renunciaría a todo, me haría un simple ciudadano y le buscaría para matarle, aunque ello me condenara a mí después. Lo que sí puedo asegurarle es que usted no se salvaría. Usted pagaría, Garfield, de un modo o de otro.

Ya le dije esto desde la puerta de su despacho. Él, pensativo, sombrío, se limitó a mirarme. Incluyó la cabeza y masculló:

—Creo que sería capaz de hacerlo, sí... Diablo, Bantam, usted es un hombre implacable. Y creo que, verdaderamente, amó a Wendy como jamás nadie pudo haberlo hecho...

Ni siquiera le contesté. Cerré tras de mí, abandonando el despacho del poderoso empresario de Broadway.

Justo en ese momento, tamborileó el trueno sobre Manhattan, y, de forma inesperada, comenzó a verter agua el cielo, en forma de lluvia torrencial.

* * *

La tormenta ya estaba allí.

Era el fin del verano. Los relámpagos centelleaban en la bóveda gris oscura del cielo, y un auténtico diluvio caía a cascadas en las calles, haciendo brillante y espejeante el asfalto y formando torrentes de agua que engullían ruidosamente las alcantarillas.

Conduje mi automóvil por Broadway, bajo la lluvia copiosa, que hacía casi inútil el vaivén de los limpiaparabrisas. Los luminosos se reflejaban en el suelo, y la luz parecía duplicarse en la ciudad, al ser reproducida por la superficie charolada del suelo.

La humedad bochornosa de poco antes pasó a ser un fresco aire que venía a ráfagas, azotando la carrocería del coche.

Todo eso me hacía recordar la noche del crimen. La terrible

noche en que Wendy cayó al abismo de asfalto y cemento, desde la terrible altura de su apartamento, empujada por un desconocido visitante asesino.

También entonces llovía así; también entonces retumbaba el trueno, y también entonces el bochorno había dejado paso a la tormenta, convirtiendo Manhattan en un recipiente de lluvia torrencial, estruendosa y espectacular, bajo el techo centelleante de la tormenta eléctrica.

Sólo que entonces aún vivía Wendy. Y ahora...

Detuve el coche ante el ojo escarlata de un semáforo cerrado, en el cruce de la calle Cincuenta. Encendí un cigarrillo, mientras esperaba a que cambiase el disco, y recordé, una vez más.

Recordé el final de la historia, la última evocación de mi mente en torno a Wendy Turner y su muerte, con el fondo musical de unos tristes «blues» en un disco que giraba lentamente en un aparato estereofónico...

Fue el inspector Peters quien me dio la primera noticia, con voz grave:

—Larry, creo que ha sucedido algo... Es mejor que se ocupe Ned Bowles del asunto, pero usted debe saberlo...

Yo le miré entonces con sorpresa, con incertidumbre. Estaba a punto de irme de la Oficina Federal. Había trabajado mucho esa tarde y durante las primeras horas de la noche. A las siete había telefonado a Wendy. No podría ir con ella al teatro, conforme habíamos planeado. Debía levantarme muy temprano al otro día, por un difícil asunto de robo y secuestro, cruzando con automóvil robado la frontera del Estado de Nueva York con el de New Jersey. Un delito típicamente federal.

—Iremos mañana, Wendy —le había dicho—. ¿Sabrás disculparme?

—Claro, cariño—había respondido ella—. Yo aprovecharé para dejar resueltas unas cosas de mi antiguo trabajo, y mañana estaré a punto para ir a donde quieras...

Eso había sido todo. Eso, y el informe legal por el que me comunicaban que Ray Richmond se declaraba inocente del delito de amenazas de muerte por teléfono y correo. Había elegido abogado, y se defendería de todos los cargos.

Cuando el inspector Peters me comunicó que sucedía algo, sentí

miedo, sin saber por qué. El debió advertirlo en mi gesto, porque se apresuró a calmarme:

—No se inquiete, Larry. Póngase en contacto con Bowles. Él le informará. Puede llamarle por radioteléfono al coche treinta y dos.

Me apresuré a llamarle. La voz de Bowles sonó grave cuando respondió:

—Oh, ¿eres tú, Larry? Sí, será mejor que vengas aquí, donde estoy ahora... Sí, es preferible así. Te envío a Davis. Él te traerá adónde yo estoy.

—Pero... ¿dónde es eso?—me interesé yo.

Entonces pensé que no me había oído, porque colgó bruscamente, sin responder a mi pregunta. Esperé. Minutos más tarde, Davis llegaba con un coche, para recogerme. Mis preguntas no tuvieron respuesta. Se limitó a decirme, encogiéndose de hombros y conduciendo a través de una cortina de lluvia tan copiosa como la de ahora:

—Es un caso especial, señor. Es mejor que espere a que lleguemos, para que se informe del asunto. Es lo que me dijo el propio Bowles...

Me sentí sorprendido e inquieto, pero no insistí. Sabía que sería inútil, y valía más esperar a que las cosas se aclarasen por sí solas.

Y se aclararon.

Muy pronto, por cierto. Cuando ya llegábamos al lugar, sentí una tremenda punzada en el corazón, un presentimiento terrible.

—Espere—avisé a Davis—. Este... este es el camino de... del apartamento de Wendy Turner.

—Sí, es cierto, señor—afirmó él—. Es el camino de ese apartamento.

—Pero... pero ¿qué ha sucedido?—casi grité.

No necesitó responderme siquiera. Entre otras cosas, porque ya habíamos llegado. Frenó, ante un auténtico muro policial de coches y agentes que bloqueaba la calzada, en el centro de la amplia calle. La lluvia seguía cayendo, incesante. Vi el agua correr por el asfalto. Traté de ver, más allá de los agentes uniformados, más allá de los coches-patrulla, más allá de los reflectores...

—Agente federal—expliqué—. ¿Qué es lo que sucede?

Vieron mi credencial. Me dejaron paso. Alguien, un policía cualquiera, habló al pasar yo:

—Todavía no está claro, señor. Puede tratarse de un suicidio, pero nadie sabe nada aún. Pobre chica...

La tremenda impresión, el presentimiento, se hizo oscuro y atroz. No sé cómo, adiviné, antes de ver, la forma cubierta por la lona impermeabilizada, los regueros de sangre mezclándose con la lluvia, en el asfalto mojado...

Grité. Grité con auténtico horror, me precipité, antes incluso de que Bowles, surgido de repente, pudiera impedirlo, sobre el cuerpo informe aplastado en el asfalto. Tiré de la lona, dejé que la lluvia batiera sobre el cadáver...

Un alarido de horror crispó mis labios, se mezcló con el ruido del agua, con el rumor de los curiosos...

Reconocí el cabello oscuro, como reconocí las bellas piernas bronceadas, el traje de cóctel azul cobalto, el mismo que llevaba el día que Garfield nos sorprendió, sólo veinticuatro horas antes, en aquel apartamento, perdido ahora en la altura, más allá de la cortina de agua que se precipitaba sobre nosotros...

Y las chinelas plateadas, sueltas allá, a poca distancia del cadáver de rostro aplastado contra el asfalto, de cráneo hundido, de cuerpo quebrado, roto, maltrecho.

—Wendy...—jadeé, a punto de llorar, cayendo de rodillas ante aquel cuerpo abatido para siempre—. Wendy... Oh, Wendy, no... ¡No, Dios mío...!

Pero yo sabía que era inútil cuanto gritara, cuanto sollozara, cuanto implorase.

Era ella. Era Wendy.

Y estaba muerta. Muerta sobre el asfalto, sobre la lluvia, sobre la ciudad y su millón de luces reflejadas en la calzada...

CAPITULO VIII

WENDY...

El «blues» sonó en el tocadiscos. Lo dejé funcionar. Caminé por el apartamento, como un sonámbulo...

Los recuerdos habían terminado. Era la historia. La historia entera de Wendy y de mí. De dos seres que se encontraron, se amaron y se perdieron, en sólo unos pocos días del carrusel alucinante de Manhattan. Un fugaz encuentro. Y un recuerdo eterno.

Los ojos claros, el cabello oscuro, la sonrisa dulce, entre tímida y maliciosa a la vez, allá en el retrato de Roger Baldwin, el pintor de moda en Nueva York durante los últimos tres años. Un caro capricho pagado por Garfield...

Salí del dormitorio. Caminé hasta el mueble-bar Me serví algo, no sé qué. Volví al sofá. Pero antes me detuve ante la puerta balcón de la terraza. Asomé. Tuve suficiente valor para dar unos pasos, para asomarme a la calle. La misma calle donde ella dejó de existir una noche...

Miré la barandilla. Ya no había allí un jirón de chaqueta de hombre. Ya no había nada, salvo las enredaderas. Y el recuerdo de ella. Y un mundo de luz allá fuera, como un decorado maravilloso, como el apoteosis de una revista de Garfield, protagonizada por Victor King.

Sólo que esto no era una revista. Era la vida. La vida misma, con su tremenda realidad. Sin trampa, sin un telón final que no fuese el de la misma muerte.

Regresé, con un escalofrío, a los asientos del «living». Me

acomodé en ellos, alcé mi vaso y brindé a las sombras:

—Por nosotros, Wendy. Por lo que pudo ser y jamás fue...

Bebí un sorbo. Luego, repentinamente, sonó el teléfono.

Casi se cayó el vaso de mis manos. Contemplé el receptor telefónico, repitiendo su llamada insistentemente. Era increíble alucinante casi. ¿Quién podía llamar a casa de una muerta? ¿Quién? ¿Por qué?

Hubo un sordo trueno en el exterior. La lluvia arreció contra la terraza! Yo estiré despacio el brazo. Tomé el teléfono resueltamente. Pregunté:

—¿Quién llama?

Una voz familiar sonó con alivio al otro extremo del hilo.

—Oh, cielos, resultó como imaginaba. El inspector Peters no lograba dar contigo esta noche, Larry. Imaginé que estarías ahí, no sé por qué.

—Bowles...—reconocí a mi compañero de Departamento—. ¿Ocurre algo?

—Sí, ocurre algo. Y grave.

—¿Qué es ello?

—¿Estuviste esta noche en el «Boony Room», de Tin Pan Alley?

—Sí, estuve allí. ¿Por qué preguntas eso?—me inquieté.

—Acabamos de recibir la noticia, Larry. Han salido para allá ahora mismo. Al parecer, liquidaron a alguien a quien viste esta noche, Larry.

—¿Cómo?—casi grité.

—Bill Callaghan, un tipo poeta y músico que se drogaba por eso de las modas psicodélicas y demás tonterías... Estuvo mezclado oscuramente en un antiguo crimen, la muerte de una chica que cayó a un patio bastante misteriosamente...

—Callaghan... ¿Es él quien...?

—Sí, Larry. Es él quien ha muerto. Precisamente arrojado a un callejón posterior, desde la escalera de incendios de su vivienda... Se destrozó la cabeza, ¿entiendes?

Claro que entendía. Dije a Bowles que iría en seguida y colgué parsimonioso. Era una locura. Una mujer llamada Edna Grant, muerta tiempo atrás, estrellada contra el suelo de un patio. Wendy después. Ahora, Callaghan, el psicodélico-esotérico- puritano y un sinfín de cosas raras más. Otro muerto. Otra víctima de alguien.

Indudablemente, los tres crímenes tenían relación entre sí, era indudable. En alguna parte estaba el nexo, la cadena entre las tres circunstancias, entre las tres muertes.

Sí, pero... ¿dónde? ¿Por qué? Y, sobre todo..., ¿quién?

Me eché atrás en el asiento. Probé un poco más de licor. Medité, en el silencio extraño del apartamento, con un fondo de tocadiscos, con «blues» para acompañar al crimen, en el misterio en que me hallaba sumergido.

El disco terminó. Se detuvo el «pick-up». Tardaría unos segundos en volver a ponerse en funcionamiento y repetir la misma melodía una vez más...

Justamente entonces chascó la cerradura de la puerta. La puerta del apartamento. Yo me erguí. Me puse rígido. Escuché, tenso, sorprendido, incrédulo.

Se cerró la puerta suavemente. Unos pasos sonaron en el recibidor. Alguien apareció, enmarcándose en la luminiscencia suave del «living», frente a mí.

El tocadiscos, en ese momento, volvió a funcionar. Sonó «Passion Blues». La persona recién llegada emitió un leve grito ronco de sorpresa y temor.

Yo me incorporé de un salto, y esta vez sí perdieron mis dedos el vaso de licor con soda, que se hizo añicos a mis pies. Me quedé mirando a quien acababa de entrar.

Mi voz sonó irreconocible, como un jadeo alucinado:

—Dios mío. no... WENDY, NO... NO PUEDES SER TÚ...

—Larry...—musitó ella.

Porque era ella.

Era Wendy.

Wendy, que volvía de entre los muertos.

Y esta vez era real. Esta vez no era un sueño.

Esta vez, no habría despertar...

* * *

Wendy Turner caminó lentamente por el «living». Se detuvo frente a mí. Estaba muy hermosa con un impermeable oscuro, con su gorro también a prueba de lluvia, sus guantes, su pequeño maletín ..

—Has vuelto, Wendy...—susurré—. Has vuelto...

—Sí, Larry. He vuelto—afirmó ella con voz pausada.

—Regresaste de entre los muertos, Wendy—sonó mi voz alterada, irreconocible.

—Regresé, Larry. ¿Por qué de entre los muertos?

—Estás muerta, Wendy. Llevas tres meses muerta... Tú... tú tienes que saberlo.

Ella no dijo nada. Se quedó mirándome con asombro, con lástima o no sé con qué. Pero no dejaba de mirarme. Como si aquello tuviera sentido. Como si aquello fuera lógico...

—Larry, tú me ves—dijo despacio—. No estoy muerta. Soy yo, Wendy. Tu Wendy...

—Cielos, no—sacudí la cabeza, con horror—. No puede ser. Cosas así no pueden suceder nunca, Wendy... Estás muerta. Yo te vi muerta abajo, en la calle. Te vi aplastada contra el asfalto, te vi allí, después de haber caído por esa terraza, después de que alguien te arrojó por ella...

—¡No, por Dios!—chilló Wendy, cubriéndose los ojos con ambas manos, ocultando su rostro a mi mirada—. No sigas. No sigas, Larry, por lo que más quieras... No podría soportarlo...

—No podrías soportarlo—dije, atónito—. Y tú dices eso. ¡Tú, que estás muerta, Wendy!

—Larry, por el amor de Dios...—cayó inesperadamente de rodillas ante mí, la oí sollozar violentamente, de forma incongruente—. Larry, no digas eso, no me hables así. Si alguna vez me amaste..., nunca me hables de ese modo...

Me incliné hacia ella, aparté sus manos del rostro, que enfrenté a una patética mirada azul-gris, llorosa, de cuyos ojos caían surcos de lágrimas...

—Wendy, yo te amé... Yo te amo. Amo tu recuerdo, de modo diferente acaso a como te pude amar a ti...—dije roncamente, contemplando aquel rostro querido que pensé no ver nunca más—. Pero esto es algo que no entiendo, es algo que rompe mi equilibrio emocional, que me confunde y me desorienta... ¿Qué ha ocurrido, Wendy? ¿Qué está sucediendo realmente? ¿Por qué los muertos resucitan y piden perdón a los vivos, y piden que no se hable de lo que ha sucedido, de lo que no tiene explicación?

—Larry, porque yo... yo no estoy muerta—dijo ella—. Nunca lo estuve. Pero quizá, en cierto modo, es como haber muerto, como

haberlo perdido todo, vida y felicidad, de una vez para siempre...

—Wendy... ¿Por qué hablas así?—pregunté—. ¿Qué tratas de decirme, de dónde vienes, qué maldito embrujo sin sentido es éste?

—Larry, trata de razonar, escúchame...—se acercó a mí, a rastras sobre la alfombra, dejando que sus piernas desnudas se arañasen en los muebles, pálida y patética como nunca la viera—. Larry, yo nunca... nunca puedo ser la misma para ti. Nunca será nada igual que entonces... Nada puede ser realmente igual de lo que sucedió...

—Pero, Wendy, ¿qué es lo que sucedió?—casi grité—. ¿Qué ocurrió aquí aquella noche de junio, mientras sonaban esos «blues» en el tocadiscos y tu cuerpo aparecía en la calle, destrozado?

—Eso es lo que trato de explicarte, Larry—dijo su voz ronca—. Yo... yo nunca estuve abajo, en la calle, en el asfalto... Nunca caí de esa terraza, nunca fui lanzada al vacío... Por el contrario, Larry, fui yo... FUI YO QUIEN... QUIEN EMPUJO A ESA OTRA MUJER A MORIR. Fui yo... YO FUI LA ASESINA DE ESA NOCHE, Larry...

Y estalló en un profundo, desesperado, amargo sollozo, cayendo a mis pies, convulsa y estremecida.

* * *

El disco de «blues» seguía sonando, allá en el tocadiscos.

Detuve el mecanismo. Se detuvo la aguja, y el «blues» murió en una rara distorsión del sonido. Hubo un profundo silencio en el «living». Afuera, el rumor de la lluvia era insistente, monocorde. Golpeaba en las enredaderas de la terraza, en el toldo de colores, en los muebles metálicos. Las luces del Manhattan nocturno eran como borrosas manchas de pintura multicolor tras un vidrio desigual.

Me volví despacio a ella. Apoyé mis manos en un mueble. Incliné la cabeza, exasperado.

—Tú, Wendy... Tú, la asesina... Pero ¿de quién? ¿Por qué?

No habló. No contestó. Seguía sollozando. Yo veía, en la penumbra, su cuerpo estremecido, tendido en la alfombra, y un reflejo de luz dibujaba su pierna desnuda, hermosa y esbelta.

—¿A quién mataste, Wendy?—pregunté—, ¿A quién?

Su voz me llegó tan borrosa como el panorama exterior tras la lluvia. Pero pude entenderla:

—A mí misma un poco, Larry... Es como si yo hubiese tenido

dos cuerpos, dos formas... y hubiese arrojado una de ellas por esa terraza...

—Eso no es una respuesta. Te pregunto a quién, a quién...

—No la conociste jamás. Se llamaba..., se llamaba Dorian West.

—Dorian West... No, creo que no la conocí nunca. Pero ¿por qué, Wendy? ¿Por qué?

Me miró patéticamente. Sus ojos eran dos lagos nublados, tempestuosos y tristes, allá al final de una raya de luz tenue, procedente del tocadiscos iluminado. Sacudió la cabeza. Su melena oscura, de un caoba intenso, como la misma melena que yo viera aplastada en la calle, entre sangre y horror, se agitó, cubriéndole el rostro.

—No, no lo entenderías—gimió—Ni siquiera ibas a creerme. Ni tú ni nadie, Larry. Nadie creará jamás mi historia...

—Cuéntala, Wendy. Yo sí creo en ti. Quiero creer en lo que me cuentas, sea lo que sea. Habla, Wendy, por favor... Espero tus palabras, espero saber, comprender algo de toda esta horrible pesadilla sin sentido.

—No servirá de nada, Larry. Pero te lo contaré —se apoyó en el sofá, medió incorporada, pero sin moverse aún de la alfombra, tendida a mis pies, como implorando algo que yo no sabía qué podía ser—. Te contaré lo que sucedió aquella terrible noche, en esta casa... Y espero que Dios y tú sepáis perdonarme...

—Dios siempre perdona—musité—. Somos nosotros, los humanos, los que no tenemos capacidad suficiente para el perdón, salvo por el amor. Y yo te amo, Wendy. Yo sigo amándote. Incluso ahora.

—¿Incluso sabiendo que maté a un ser humano? —sollozó ella amargamente.

—Incluso así, Wendy. Quizá ahora necesitas más que nunca de ese amor que siento por ti —me senté ante ella, en el sofá, tomé sus manos y tiré de ellas. Estaban frías, trémulas, estremecidas como todo su ser. Sentí por Wendy una profunda ternura, una infinita compasión—. Te escucho, Wendy. Te estoy escuchando ya...

Ella no me miró. No se atrevía, sin duda. Inclínó su cabeza, miró al suelo, a la alfombra sobre la que se hallaba tendida. No podía ver sus ojos ni el movimiento de sus labios. Pero podía oír su voz, lenta y desgranada, como un rumor más de lluvia, en el Manhattan

tormentoso de la noche de septiembre que despedía al largo y caluroso verano...

—Me había preparado para ir al teatro contigo Larry—la oí susurrar roncamente—. Entonces llamaste tú. No habría teatro esa noche, sino a la siguiente. Me pareció bien, porque tu trabajo era antes que nada... Me quité mis ropas, disponiéndome a descansar. No saldría esa noche, si no era contigo. No me atrevía aún a ir sola por ahí. Temía la reacción de Garfield, e incluso tenía miedo todavía, como si Ray Richmond estuviese suelto, o como si él no fuera el autor de los horribles anónimos y alguien hubiese cometido un error al considerar resuelto el asunto y evaporado el peligro.

—Sí, se cometió el error. Pero lo supe demasiado tarde, Wendy...

—Nunca supe cómo entró ella en casa. Lo cierto es que, de repente, la vi ahí, en pie en el recibidor, mirándome fijamente...

—¿Ella?—dije, extrañado.

—Dorian West... Lancé un grito terrible, asustada al verla. Dorian se echó a reír. Dijo que no debía asustarme. Sencillamente, había venido a verme, y la puerta estaba solamente entreabierta. Empujó, creyendo que yo no estaba en casa y podía peligrar mi propiedad mal cerrada. Es lo que dijo. Pero no sé por qué no creí una palabra de todo ello. Yo nunca dejo abierta la puerta, y menos habiendo pasado los días de terror que pasé...

—¿Por qué iba a mentir Dorian West? ¿Quién era ella exactamente? ¿Una amiga tuya? Nunca me hablaste más que de Patty Welsey, tu ex compañera de apartamento.

—Dorian West no era mi amiga. Era solamente mi «doble».

—¿Tu «doble»?—pestañeeé.

—Exacto. No es que se pareciera notablemente a mí, no. En el rostro, no nos parecíamos absolutamente en nada, te lo aseguro. Pero ella servía para que Ray Richmond midiera luces, situara objetos y todo eso. Dorian quería ser también «calendar-girl». Soñaba con quitarme el puesto algún día, o ser más que yo. Pero tenía que conformarse con ser la «doble» para las tareas molestas y largas, previas a una pose. Cuando todo se había medido con ella, entraba yo en escena y ocupaba el sitio. Era todo su trabajo. Por eso la obligaban a ir peinada como yo y utilizar idéntico tinte y longitud de cabello. Eso era importante para las luces y tonos de las

fotografías en color. También su figura, necesariamente, era similar a la mía en estatura, para que luego no fallaran los cálculos de luz. Pero de rostro, repito que el parecido era nulo entre ambas.

—Sigue. Voy entendiendo algo. ¿Dorian West había venido alguna vez aquí, a tu apartamento?

—Solamente una vez, cuando di una fiesta en él, para celebrar la firma de un contrato exclusivo con una firma de calendarios muy importante. Howard Garfield acababa de arrendarme el apartamento, e invité a todos, incluida Dorian. Pero nunca más volvió... hasta esa noche.

—¿Qué sucedió entonces? ¿Te dijo a qué venía ella aquí tan inesperadamente?

—Sí. Quería hablar conmigo, pedirme unas prendas para una fiesta, en la que quería mentir, diciendo que ella era modelo también, y no «doble» de una modelo. Esas cosas ocurren a veces, y comprendí sus deseos. Le busqué mi traje azul-cobalto, mis chinelas de plata... Yo misma la vestí, cuidando los detalles de su tocado. Dorian pareció muy satisfecha. Tomamos una copa y luego salimos a la terraza. Parecía, realmente, como si fuese yo misma, duplicada. A corta distancia, con poca luz, era mi doble exacta, siempre que no se le viese la cara. Dijo que esperaba engañar a todos en esa fiesta, e incluso era posible que obtuviera un contrato y pudiese dejar de ser mi doble en el estudio de Richmond. Hablábamos asomadas a la terraza. Ella me preguntó por algo que se veía allá abajo, un vehículo rojo, aparcado frente a la casa. Yo me incliné mejor para verlo, sin prestarle a ella más atención. Hablé, diciéndole que el coche no era mío, ni sabía de quién podía ser. Había preguntado algo sobre Garfield, y le dije que entre nosotros ya no había nada, y que él jamás tuvo un coche rojo como aquél...

Wendy se estremeció. Alzó la cabeza, se apartó su melena y, por vez primera, vi sus ojos azul-grises, patéticamente dilatados, reflejando algo tremendo, algo imborrable para ella. La oí decir en un murmullo:

—Entonces sucedió, Larry... Entonces la maté...

Yo estaba empezando a comprender, pero insistí, esperando que ella misma lo confirmase:

—¿Qué ocurrió, Wendy? ¿Qué pasó exactamente en ese momento?

Wendy me lo dijo:

—No sé cómo ocurrió, pero repentinamente tuve la sensación de que algo raro sucedía en la terraza, a mis espaldas. Me volví bruscamente, buscando a Dorian, que ya no estaba asomada junto a mí en la baranda de la terraza... Estaba detrás de mí ahora, Larry, y tenía un gesto frío, extraño, terrible. Venía hacia mí lanzada, tomando impulso... Cuando cayera sobre mis espaldas, con aquel impulso, yo... yo sería lanzada, empujada al vacío inexorablemente.

«Grité, Larry. Grité terriblemente, me aparté por puro instinto, en vez de tratar de frenarla o de luchar con ella, oponiéndole mi propia resistencia. Tuve el reflejo único de apartarme, de dejarle hueco...

Cerró los ojos. Sus labios temblaban intensamente.

—Fue terrible. Pasó por mi lado, Larry... La vi cruzar, con un grito horroroso, voltear contra la barandilla, con todo su impulso anterior, perder totalmente el equilibrio, brincar por encima, caer al vacío, perderse, con un alarido espantoso, allá, en la profundidad de la calle iluminada...

El relato había terminado.

Wendy temblaba intensamente, con profundos, vivos escalofríos. Oprimí sus manos, la atraje hacia mí...

Repentinamente, quedó flácida. Su cuerpo cayó.

Se había desvanecido.

* * *

El inspector Peters y mi compañero Ned Bowles se volvieron hacia mí lentamente, tras cerrarse la puerta de la habitación que le había sido asignada a Wendy Turner en el hospital.

—Y ahora... ¿qué, Larry?—se interesó Bowles. Me encogí de hombros, sombría la expresión. Hubiera querido saber qué responderle, pero era difícil hacerlo. No tenía la menor idea al respecto. El inspector Peters se limitó a estudiarme de soslayo, con aire pensativo. Luego emitió una opinión:

—El asunto es difícil. Muy difícil, Larry. Pero tendremos que acusar de homicidio involuntario a esa muchacha.

Asentí. Ya sabía eso. La defendí débilmente:

—Ella no es culpable. Iba a morir asesinada: Se volvió, y su instinto actuó, apartándola del lugar fatídico. Su agresora cayó.

¿Eso es homicidio?

—No. Pero tendrá que probar que las cosas ocurrieron realmente así. El fiscal tiene de momento un claro caso en sus manos: ella admite haber estado en el apartamento con Dorian West, y Dorian cayó a la calle. ¿Olvida ya el fragmento de ropa masculina enganchado en la barandilla, y todo eso?

—No olvido nada. Tampoco olvido que el conserje habló de un hombre que subía a ver a Wendy, y no de una mujer —suspiré, meneando la cabeza—. Las cosas distan mucho de estar claras, bien lo sé. Pero hay que aceptarlas así. Wendy sufre una fuerte crisis nerviosa ahora. Tendremos que esperar a que hable y dé más detalles, para saber a qué atenernos. No sabemos dónde estuvo metida todo este tiempo, durante tres largos meses en que todos la dimos por muerta. No sabemos por qué hubo un hombre en el apartamento, y ella no ha hablado de él. Tampoco sabemos por qué Dorian West no ha sido echada de menos por nadie, ni su desaparición denunciada a la Policía.

—¿Cree que todo eso se relaciona de algún modo con los anónimos amenazadores, Larry?—se interesó mi superior federal.

—Creo que sí. Muy directamente, señor.

—¿En qué sentido?

—Ray Richmond pudo ser el autor de esos anónimos o no, aún no lo sabemos. Pero desde el momento en que una mujer fue la agresora inesperada, podemos suponer que el peligro de muerte para Wendy procedía no de una sola persona, sino de dos. Y, en ese caso, el autor de los anónimos podía estar encarcelado, gozando de inmejorable coartada, mientras su cómplice femenina asesinaba a Wendy.

—¿Ocurrió realmente así? ¿Es tu teoría, Larry? —se interesó Bowles.

—No puedo afirmarlo. Además, no olvido que, pese a todo, subió un hombre al apartamento de Wendy. Un hombre que desapareció sin dejar rastro, lo mismo que hizo Wendy tras caer a la calle la mujer. Y tampoco podemos olvidar algo: esta noche ha sido asesinado un hombre llamado Bill Callaghan, que ya estuvo mezclado en la muerte de una muchacha llamada Edna Grant, hace algún tiempo. Callaghan era amigo de Wendy. Callaghan podía saber algo, o sospecharlo. Y fue eliminado desde la escalera de

incendios de su casa. Por tanto, aun muerta Dorian West..., un asesino sigue andando suelto por Nueva York, Ned.

—¿Qué vas a hacer entonces? ¿Tienes alguna pista?

—Tengo a Wendy—dije, pensativo—. Y tengo su historia. ¿Por qué querría matar Dorian West a la mujer a quien «doblaban» ante las cámaras fotográficas? ¿Qué siniestro juego se traía con alguien, para actuar como mano ejecutora?

—El doctor ha dicho que vale más dejar a Wendy tranquila hasta mañana. La administró un sedante y ahora descansa —terció el inspector Peters—. De modo que durante unas horas todo tendrá que esperar. Incluso el caso, contra ella, de que ya ha sido informado el fiscal del distrito por nuestra oficina. Ahora, el asunto ya no es jurisdicción nuestra, desde el momento que la persona amenaza vive aún, y el caso se ha trastocado dramáticamente en la muerte de otra persona y en el silencio delictivo de la persona principalmente encartada en el asunto: Wendy Turner precisamente, Larry amigo. ¿Cómo espera hacer algo en beneficio de ella? De modo oficial, tengo que quitarle ya el caso de las manos. Wendy no murió. Las amenazas, por tanto, no surtieron efecto ni tuvieron sentido. El F.B.I., no puede intervenir de forma justificada en el asunto.

—Es que yo sigo afirmando que esas amenazas de muerte tuvieron gran importancia en el caso, inspector—sostuve con energía—. Sigo diciendo que Wendy sufrió esas amenazas por parte de alguien asociado secretamente a Dorian West y cómplice, por tanto, del intento de asesinato de la muchacha. Si fue Dorian la que murió en su lugar, debemos atribuirlo a una pura circunstancia casual, no a intencionalidad por parte de nadie. Por otro lado, inspector Peters, sostengo y afirmo que la misma persona, el mismo cerebro que dictó a Dorian West la orden de asesinato contra Wendy, dispuso e incluso ejecutó personalmente esta noche la muerte de Bill Callaghan, el poeta psicodélico del «Boony Room».

—Son simples apreciaciones tuyas. Tendrá que probar eso al fiscal, si quiere que él lo acepte como bueno. Y tendrá que convencer a nuestros superiores de la Oficina Federal de Investigación, para que ellos adopten la decisión de continuar adelante en este asunto, con todas sus consecuencias.

—Lo haré, señor, esté seguro. Quiero descubrir a la persona

culpable. Quiero que la inocencia de Wendy quede suficientemente probada. Y quiero, también, que nunca más ella vuelva a correr peligro alguno, ni sienta el miedo de saberse perseguida por alguien, con la idea de asesinarla.

—Todo este asunto carece de sentido, Larry —suspiró Bowles—, ¿Por qué querer matar a una chica como Wendy, que no tiene fortuna ni resulta lógico que tenga enemigos de ninguna clase? ¿Por qué querer terminar con ella, como terminaron con Callaghan, según su teoría, y como terminaron, hace tiempo, siempre según tu criterio, con otra chica llamada Edna Grant?

Contemplé fijamente a Bowles. Acaso, sin él mismo saberlo, había dado justamente con la clave, con la razón oculta de muchas cosas.

—Tú acabas de decirlo. Sólo que alteraste el orden de los hechos. Recuerda que, hace años, alguien arrojó a un patio del Bowery a una chica llamada Edna Grant. Bill Callaghan fue sospechoso de aquel crimen, pero nunca se pudo probar su responsabilidad en él, aunque tampoco probó jamás que fuese totalmente inocente. No nos hemos preocupado de saber por qué fue arrojada Edna Grant al patio ni qué clase de muchacha era ella, ni quién podía tener motivos para desear su muerte.

—¿Quieres decir que ella...?

—Sí, Ned—afirmé—. Quiero decir que ella es la causa de todo. Edna Grant murió por alguna razón, la que fuese. Callaghan siempre sospechó quién era culpable de aquello, y al hablar yo con él esta noche comprendió que también Wendy había podido ser asesinada por el mismo criminal de entonces. Cometió sin duda el error de comunicarse con esa persona, de amenazarla..., y eso firmó su sentencia de muerte.

—Entonces, según tú..., si sabemos quién pudo matar a Edna Grant, sabremos quién quiso matar a Wendy...

—Sí, Ned.

—Pero ¿por qué motivos cometería ambos crímenes?

—El segundo, para silenciar a Wendy. Ella, de algún modo, descubrió algo relacionado con Edna, aunque ella misma no haya llegado a darse cuenta. Eso marcó su destino. Tenía que morir, pero de modo que nadie relacionara su muerte con la de Edna. De ahí la historia de las amenazas por teléfono y carta. Había que crear un

ambiente, como si la muerte de Wendy fuese obra de un maníaco. Bowles, en suma, Edna fue muerta por alguna razón concreta. Y, tiempo más tarde, Wendy tenía que morir, porque sabía algo sobre Edna Grant y su asesinato...

Peters no dijo nada. Pero se dirigió al teléfono del corredor y pidió la centralilla del hospital. Solicitó línea con el exterior y marcó unas cifras.

—¿Oficina Federal?—preguntó—. Habla Peters, de Leyes Federales. Obtengan urgentemente cuantos datos sean precisos sobre el asesinato de Edna Grant, ocurrido hace tiempo en Bowery. Todos los datos precisos, urgentemente. No descuiden nada, por trivial que parezca. Investiguen también la vida de Bill Callaghan, poeta y músico del «Boony Room». Es todo.

Colgó, mirándose con cierta sonrisa. Yo también sonreí.

—Gracias, Inspector—dije—. No va a arrepentirse de esa decisión. Este sigue siendo un asunto para el F.B.I, estoy seguro de ello...

CAPITULO IX

DAISY Lee tenía el color del chocolate mezclado con leche, cuando le daba la luz suavemente. Su piel era como la superficie tersa de un bombón. De un delicado y apetitoso bombón, por cierto.

Las mulatas, habitualmente, tienen un bello cuerpo y unas formas agresivas y a la vez suaves, Daisy Lee, además de todo eso, tenía un encanto especial. Era una joven «sexy», pero era también una muchacha inteligente y sensitiva. No sólo sabía cantar bien los «blues», sino que sabía escuchar y entender las cosas. Sabía cooperar también, sin diferencias raciales ni prejuicios absurdos.

Me escuchó en silencio. Su casa era como un rincón de Nueva Orleáns. Tenía la ternura hogareña y amable de una vivienda del Sur, sin la presencia ominosa del amo y del blanco dueño y señor de haciendas y vidas. En los muros había fotografías de Ella Fitzgerald, de Ellington, de Bechet, de Carmichael—el líder del «Black Power», no el autor de «Stardust», ciertamente—, de Luther King, de Sammy Davis... Paradójica y sorprendente colección de rostros de ébano, humanos y patéticos, inteligentes y fascinantes. Y un solo hombre de raza blanca: Ernesto «Che» Guevara. Sí, sorprendente pero comprensible. La Humanidad es, a veces, tremendamente humana y tremendamente sensible a ciertas cosas.

—Le comprendo—dijo Daisy Lee, la cantante de «blues» del «Boony Room», tras escuchar mi relato—. Usted ama a esa joven, a Wendy...

—Sí, la amo. Estoy tratando de ayudarla. Primero la amé y quise salvarla. Luego creí perderla y la lloré, y quise vengarla. Ahora, definitivamente, quiero sacarla de todo esto. Demostrar que es inocente, impedir que la ataquen de nuevo, que puedan tener éxito en lo que ya fracasaron una vez...

—Usted solamente tiene fe en ella porque la ama.

Pudo mentirle, pudo ser un homicidio intencionado la muerte de

Dorian West, su «doble» fotográfica.

—Claro que pudo ser—admití con un suspiro—. Pero no es. No lo fue. Lo sé. No me pregunte por qué, Daisy. Lo sé, y eso es todo. Como usted sabe que esa gente que tiene en las paredes es buena, cada una en lo suyo, cada una en sus convicciones o en sus obras...

—Sí, por eso dije que le entendía—sonrió ella dulcemente, como sólo saben sonreír los oprimidos, los que sufren, los que no son entendidos ni siquiera respetados como merecen—. Le admiro, Bantam. Admiro su fe, su amor, todo lo que usted siente por esa chica. He visto a veces a Wendy Turner. Me parece una buena chica. Deseo ayudarla. Y ayudarle a usted...

—¿Por qué no lo hace entonces?

—Porque no veo la forma de hacerlo. No es fácil. No tengo los medios. Sé que Bill Callaghan era un muchacho extraño. Pudo estar mezclado en cualquier cosa. Si uno le daba LSD, él hacía lo que fuese por uno. Creo que eso ocurría hace tiempo.

—¿Cuando Edna Grant murió, por ejemplo? —insinué.

—Sí, es muy posible. Cuando ella murió... Entonces, Bill ya se drogaba. Pudo estar mezclado en eso. Cuando sus amigos del F.B.I, investiguen, sabrán que Edna Grant se drogaba también. Era una adicta a todos los alucinógenos. Vivía de su cuerpo y era una chica que tenía éxito con eso. Pero creo que también vivía de traficar en drogas, de comprar, vender e iniciar a otras personas. Alguien la explotaba en ese sentido.

—Alguien que pudo matarla, llegado el caso de que ella supiera demasiado o pretendiera averiguar más de la cuenta...

—Sí, ¿por qué no?—Daisy se encogió de hombros—. Muchos se drogan en nuestro local. Yo no. No entiendo eso de los alucinógenos y los estupefacientes. Pero no me meto en ello. No es prudente. Hay gente peligrosa en el asunto. Vale más estar al margen. Por eso le dije que es difícil ayudarle, Bantam. ¿Por qué se le ocurrió pensar en mí?

—Porque Callaghan iba al club. Pudo hablar alguna vez, ebrio o drogado. Usted pudo escucharle... Tenía extrañas ideas sobre el pecado, pero no consideraba pecado tomar narcóticos o alucinógenos. Era un tipo raro. Le gustaba hablar, exponer sus teorías. A veces, esa gente habla algo de más, y alguien lo escucha. Tenga por seguro, Daisy, que le mataron por saber demasiado de

alguien...

Daisy Lee meditaba. Sus grandes ojos oscuros parecían lejanos. Su piel de color chocolate brillaba lustrosa a la luz de su apartamento en Harlem.

Al final asintió despacio, mirándome con profundidad.

—Sí, Bill hablaba mucho—convino—. Estuvo mezclado de algún modo con Edna Grant, y por eso la Policía le acusó. Esa noche estaba ebrio. Y drogado también. Le acusaron de matar a la chica en un arranque de su crisis. Pero él decía que no era cierto.

—¿Qué más decía él?

—Que era incapaz de hacer daño a nadie. Peleó con Edna, pero la dejó en su casa. Ella gritaba cosas esa noche. Luego, cuando volvió para disculparse con ella, la encontró muerta, estrellada en el patio de su humilde vivienda del Bowery...

—Sé esa parte de la historia. Es otra parte menos conocida la que busco.

—No sé si podré ayudarle demasiado, Bantam, pero... lo intentaré al menos. Nadie supo nunca con quién se relacionaba Edna respecto a las drogas. Quizás Bill, pero si lo sabía, nunca lo dijo.

—¿Ni siquiera cuando hablaba, ebrio o drogado, en el «Boony Room»?

Ella eludió mi mirada. Evidentemente no quería hablar de algo. Sin embargo, lo hizo, al parecer de mala gana:

—Bantam, es grave acusar a nadie..., sólo porque un hombre excitado mencione un nombre determinado...

—No está acusando a nadie ahora. Sólo busco una pista. Si usted me la da, tanto mejor. Si no, tendré que seguir buscándola por ahí...

Daisy Lee suspiró.

—Bill dijo un día... que Edna iba a romper con su vida anterior. Iba a denunciar a alguien que la drogaba y la proveía de narcóticos para los demás. Había encontrado a un hombre para casarse, y quería romper con todo lo malo de su vida...

—Y no la dejaron, ¿verdad?

—No, no la dejaron. Murió antes de poderlo intentar siquiera...

—Entiendo. La persona que la inició en las drogas, la que la utilizaba para su negocio, la que hizo de ella una abyecta criatura servil y dócil, se vio que iba a perder su cómplice ideal. Y, lo que

era peor, estaría siempre a merced de ella, expuesto a que Edna hablase un día y revelara cosas comprometedoras... Hubo un choque, una discusión violenta, acaso un brusco empujón, intencionado o no..., y Edna terminó en el suelo del patio, sin vida.

Daisy se estremeció, inclinando la cabeza.

—Siempre pensé que fue algo así—convino—. Y Bill también lo daba a entender...

—Pero Bill hizo algo más que darlo a entender. Bill citó un nombre, mencionó a alguien, ¿no es cierto?

—Sí... El mencionó a... a alguien.

—¿A quién, Daisy?—apremió.

—Es grave hablar de eso. Muy grave. Bill pudo equivocarse...

—No, no se equivocó. Dijo la verdad. La conocía bien. Por eso le mataron. Por la misma razón que querían matar a Wendy. Ella averiguó algo, aún no sé cómo. Ella supo del traficante de drogas... Y entonces firmó su sentencia, como la había firmado Bill Callaghan, como antes la firmara la pobre Edna Grant...

—Pero es que... resulta terrible acusar, formular contra alguien una insinuación semejante. Él... él puede ser inocente, y yo... yo le sentenciaría a una grave situación ante la Ley si dijera lo que mencionó Bill...—tuvo aún Daisy sus escrúpulos.

—Daisy, si usted calla, puede ocurrir algo peor. Él... «él» sabrá que usted oyó una vez su nombre. Y cualquier día sabré que su cuerpo fue hallado en cualquier parte, sin vida... Usted será una víctima más del que pretende encubrir su gran negocio, su fabuloso negocio ilegal con las drogas. Pero también algo más: un viejo crimen, el de Edna Grant en Bowery. ¿Qué prefiere? ¿Que peligre su vida cada minuto, cada momento?

Era muy convincente hablar así. Yo lo sabía. Y Daisy Lee también. La convencí. Creo que incluso llegó a sentir miedo por un momento.

Y me lo dijo. Me reveló el nombre. Casi tímidamente, pero me dijo un nombre.

Yo dominé mi sorpresa. Luego asentí. Le tendí la mano. Le sonreí, dándole las gracias. Y me fui.

* * *

Me gustó encontrar a los tres juntos.

Me quedé mirándoles pensativo desde la puerta. Luego saludé cortés:

—Buenas noches, caballeros...

Ellos me miraron a mí a su vez, con cierta hostilidad. Uno respondió, algo seco:

—Mejor sería dar los buenos días, Bantam. Son las cinco de la mañana...

Era cierto. Eran las cinco y diez, exactamente. Ya no llovía sobre Manhattan, pero seguía nublado, y el nuevo día sería triste y gris. Abajo, en el asfalto, los charcos eran abundantes. El aire olía aún a mojado, a frescor y a humedad.

—Cierto, Garfield—dije—. Son más de las cinco. ¿Ustedes no duermen nunca?

—Sólo a veces—rió Ray Richmond, el fotógrafo de las «calendar-girls» y de las portadas de revistas especializadas, como «Sexy», «Beauty Boom», «Curves» o «Gogo-Girls»—. ¿Se le ha perdido algo aquí, federal?

Miré a Richmond de soslayo. No éramos buenos amigos. Especialmente desde que lo tuve encarcelado por sospecha de anónimos amenazadores. Luego me encogí de hombros, moviéndome hacia ellos en el ambiente apacible, señorial y correcto de club nocturno llamado «Top Tower», en pleno Broadway, en aquella cima del más alto rascacielos comercial de Manhattan, tras el Empire State, el Woolworth y algún otro.

—Nada especial—admití—. Sólo quería divertirme. Me dijeron que este club no cierra nunca.

—Pero sólo admite socios, Bantam—dijo ahora el propio Garfield—. ¿Usted lo es?

—No lo necesito—golpeé mi americana—. Mi credencial basta.

—Claro, Garfield—rió Víctor King, que tenía aire de ebrio, con su vaso mediado de whisky y soda, más alejado que los otros dos del grupo—. Él es la Ley. La Ley tiene paso franco en todas partes, ¿es que no lo sabe aún?

—No, no lo saben—reí—. Garfield no tuvo nunca demasiados roces con la Ley, ¿no es cierto?

—Bien cierto—convino él—. No falté a ella nunca, ni nunca me rocé con sus representantes. Pero imaginó que vino a algo más que tomar una copa, ¿no es verdad? Hay sitios especiales para la gente

vulgar, como los hay para los que pueden pagar una elevada cuota de socios...

—Es muy suyo sentar diferencias de clase, Garfield—acusé fríamente—. Sin embargo, usted es mucho más vulgar que yo. Sólo le separa de mí una barrera económica. Los dólares no son nada ante ciertas cosas. Es socio de lugares selectos, pero no quiere decir que usted sea selecto ni bien acogido en esos sitios. Se hizo rico con sus negocios teatrales, y quizás con otros más inconfesables aún. Eso tampoco halaga a sus relaciones sociales. En suma, Garfield, con todo su dinero, usted es despreciable.

—Bantam, ¿qué está diciendo?—se enfureció él.

—Lo ha oído muy bien. Comercia con obras teatrales, lanza chicas a la fama, a costa de que sean sus amantes... Todo muy honesto y edificante, Garfield. Si usted representa a nuestra sociedad y a nuestro mundo de dinero y posición, creo que sentiré náuseas cuando me hablen de todo eso. La vulgaridad es una gran cosa, cuando es honrada, limpia y recta. Podría tener más dinero que usted, pero sería a cambio de sobornarme, dejarme corromper y cosas así. ¿Cree que eso me haría mejor?

—Bantam, no estoy dispuesto a escuchar más impertinencias—dijo fríamente Garfield—. Haré que lo echen del club. Y si su credencial lo impide..., me iré yo.

Dejó su copa airadamente y fue hacia la puerta. Solté una risita al acusar:

—Felices sueños, Garfield..., si es que puede tenerlos al saber que Wendy Turner ha vuelto, acabo de dejarla en el hospital, y ha confesado ya cómo murió Dorian West aquella noche...

Fue como si soltara un trallazo brutal, o como si oprimiera un resorte que pusiera en libertad un millón de voltios.

Los tres se quedaron rígidos, como figuras de cera. A Ray Richmond se le fue el vaso de las manos, haciéndose añicos, a Victor King, el gran bailarín del cine y el teatro, se le movieron las piernas en un paso que no era de baile. Y Garfield se puso del color de la salsa mahonesa, y se aferró a una columna, para mirarme, atónito y desorientado.

—¿Qué estúpida broma es ésta, Bantam?—masculló el millonario, irritado.

—Ninguna broma—negué despacio—. Una verdad escueta,

Garfield. Wendy nunca estuvo muerta. Wendy nunca cayó por la terraza. Fue Dorian West, su presunta asesina. Dorian West, que intentó matarla, y cayó ella misma. Pueden ver todos a Wendy en el hospital. Bien protegida por federales, claro está. No habrá un nuevo caso como el de Edna Grant ni como el de Bill Callaghan.

—Bantam, parece hablar usted en chino—arguyó Victor King perplejo—. ¿Qué significa todo eso?

—Significa que ya todo se puso en claro, King. Significa que Wendy confesó cuanto sabe. Acaba de hablar conmigo, antes de venir yo hacia acá. Me relato lo que faltaba para completar la historia. Dorian West subió a su apartamento con traje de chaqueta y pantalón, a la moda, y sombrerito masculino. Por eso imaginó esas horribles frases en la carta que escribió con la máquina que luego abandonó en el estudio de Richmond.

—¿Fue Dorian? —gimió Richmond—. Y usted me acusó a mí, Bantam...

—Siempre se comete un error. Lo importante es subsanarlo a tiempo, aunque esta vez a punto estuvimos de llegar demasiado tarde. Dorian fue vestida de hombre. Wendy le prestó un traje suyo para la fiesta. El conserje la vio de espaldas, y era tan viril, que le pareció un hombre, al no descubrir su rostro. Se puso la ropa de Wendy, pero ella ha recordado que, al hacer fresco y llover, Dorian se puso encima la chaqueta, para no mojar el vestido al asomarse. Esa chaqueta se quedó enganchada en la terraza, al caer ella en el impulso que trató de lanzar abajo a Wendy, y fue Wendy quien tiró de ella al huir, dejando allí el jirón de tela y el botón. El calzado de Dorian era también plano, como masculino, de ahí sus huellas. Wendy escapó aterrada, se fue lejos, se ocultó, a la espera de lo que sucediese. Y al otro día, en su escondrijo, supo que la creían muerta, tuvo miedo de volver, y se ocultó en un «bungalow» que tenía arrendado por todo el año en las afueras de Nueva York. Allí pasó el verano con nombre supuesto, siguiendo el curso de las noticias en los diarios, lejos de personas que pudieran identificarla.

—Es una historia ridícula —protestó Garfield—. Wendy Turner ha muerto.

—Wendy vive, Garfield. Y va a ser mi esposa. Voy a probar que ella no mató a Dorian, sino que ésta iba a matarla a ella, por orden de la misma persona que hizo matar antes a Edna Grant, en Bowery,

y que esta noche, a primeras horas, asesinó a Bill Callaghan en su casa, arrojándolo desde la escalera de incendios por la que él pretendía huir de su visitante y agresor...

—Suponiendo que todo eso sea cierto, Bantam, ¿tiene pruebas contra alguien?—se interesó Victor King, con su sonrisa, que recordaba a Gene Kelly o a Fred Astaire en sus más alegres y risueños films musicales.

—Sí, King. Tengo pruebas—afirmé—. Pruebas contra la persona que proporcionaba drogas a Edna Grant, pruebas de la persona que visitó a Edna aquel día en que fue arrojada al patio, pruebas contra alguien que visitó hoy a Callaghan, portando la muerte. Pruebas de alguien que era amante de Dorian West y la envió al apartamento de Wendy con orden de matarla. Pruebas definitivas, porque incluso Wendy ha recordado algo que sabía, y me ha señalado a la persona de quien conocía un terrible secreto, por pura casualidad, y que por ello mismo envió a Dorian con orden de asesinarla, no sin antes haber creado la farsa de las llamadas telefónicas y la carta amenazadora, para desviar sospechas...

Dije todo eso mirando fijamente a Victor King, el bailarín y actor de la pantalla y la escena. Él sonrió, como dudando mucho de lo que yo decía. Luego, repentinamente, dejó su vaso de combinado en un mueble y lo sustituyó, con increíble rapidez, por un arma.

Una automática que, desde sus manos, nos encañonó a todos a la vez.

—En suma, no ha venido a buscar a Garfield ni a Richmond..., sino «a mí»—dijo el famoso bailarín de los musicales espectaculares de Hollywood y Broadway.

—Exacto—afirmé—. He venido a buscarle a usted, King. Porque «usted es el asesino...»

* * *

Garfield y Richmond se apartaron lentamente, pero el arma de King., en la soledad de aquel mirador situado en la cima del rascacielos gigantesco de Manhattan, se dirigió también hacia ellos, en movimiento de abanico, rápido y amenazador.

—¡Cuidado!—avisó roncamente la voz del pálido bailarín—. No se desvíen ni traten de abandonar este recinto. Quédense donde están, cerca de Bantam. Usted, federal, abra su americana, suelte su

automática despacio, tocando la culata sólo con dos dedos... Si intenta algo, haré fuego... sin contemplaciones.

Sabía que lo haría. Había encontrado a mi hombre, y él lo sabía. Estaba dispuesto a todo, incluso a morir matando. Y, en cierto modo, su postura era lógica, razonable. Era la lucha por la supervivencia. La última carta de un asesino...

—¿Cómo pudo saberlo, Bantam?—preguntó, cuando hube soltado mi arma, que chocó blandamente en el suelo de espuma roja, a mis pies.

—Mucha gente lo sabía, sin darse apenas cuenta de ello. Daisy Lee, Amos Boony, Wendy, tantas otras personas... Bill Callaghan lo mencionó dos o tres veces, en sus crisis alucinadas, en el «Boony Room».

—Ese imbécil demente... —masculló King, irritado—. Debí matarle cuando murió Edna...

—Pero no lo hizo, King, y él no guardó nunca el secreto realmente. Lo guardaba estando consciente, pero lo revelaba en sus crisis. Eso hizo con Wendy también. Y ella cometió el error, al conocerle a usted, de hablarle de Edna, de decirle que sabía que usted tuvo un gran amor con una chica que murió accidentalmente en Bowery, causando su desgracia y su amargura. Nunca debió decirle eso. La historia era mentira, era lo que Wendy interpretó, pero no la realidad. Y usted, sabiendo que ella conocía su secreto, decidió suprimirla de algún modo. Usted, que previamente buscó relacionarse con amistades de Wendy, para saber cómo pude ella llegar al conocimiento de tal cosa. No imagine nunca que fuese cosa de Bill Callaghan. Frecuentando su ambiente, y a través de su empresario Garfield, conoció a Dorian West. Hicieron buena amistad, y ella resultó ser una mujer cruel, ambiciosa y decidida a todo. Quería subir, ser alguien. Usted le daría esa oportunidad. Era suficiente con que le ayudara a matar a Wendy. Dorian aceptó la terrible misión. Garfield ya no tenía la llave del apartamento, que tiró al abandonar a Wendy para siempre, pero para entonces, usted, buen amigo de Garfield, había sacado ya copias de esa llave, y una la llevó Dorian la noche trágica. Sólo que todo resultó mal. Usted, durante todo este tiempo, estuvo pensando en que Wendy estaba muerta y Dorian, asustada, se ocultaba de usted y de todos. Este desenlace ha sido una sorpresa para todos, especialmente para

usted. Porque Wendy recuerda ahora muy bien lo que dijo Callaghan, como lo recuerda Daisy Lee y otros muchos. En estos momentos el F.B.I. tiene ya mi informe al respecto, y matarnos a todos aquí no le servirá de nada, Victor King. Jugó, y ha perdido. Esta noche no es una comedia musical donde el galán triunfa siempre. En la vida, también se pierde, por muy galán que se sea.

—Es lo que usted dice, Bantam—replicó él glacial.

—Es la pura verdad, King. La revista ha terminado. Cayó el telón. Su película en technicolor tiene ya el letrero de «Fin». No hay remedio. Wendy espera en el hospital. Dorian yace en la tumba bajo el nombre de Wendy... Y usted, Victor King, es el único responsable de todo. Lo fue desde que mató aquel día a Edna Grant, queriendo o sin quererlo.

—No quise hacerlo—jadeó él, lívido—. No quise hacerlo, Bantam... Pero, una vez hecho, era mi ruina. Tenía que seguir adelante, hacer callar a quienes pudieran acusarme. Bill lo sospechó siempre, pero no tenía pruebas...

—Ahora, todo eso no importa ya. Será ejecutado por uno cualquiera de sus crímenes, no importa cuál. Wendy confesó la verdad. Nunca le ha amado a usted. Fue usted el que la cortejó a ella. Pero justamente cuando supo que ella había oído decir a alguien que usted fue novio de Edna Grant y que ella murió violentamente...

—Todavía puedo eliminarles a ustedes tres y huir—avisó fríamente King.

—No—negué—. No puede hacerlo. Mire abajo. Desde aquí, apenas se ve. Pero descubrirá luces rojas que parpadean en torno al rascacielos. Son ellos, King. Los federales y los policías de la Metropolitana. Este edificio está cercado. No hay salida, mate o no a todos nosotros...

Me miró, irritado, como si dudara de mi palabra. Corrió a la terraza, sin dejar de encañonarnos, miró por las vidrieras. No vio nada, pero debió oír el ulular de sirenas no lejos del rascacielos. Comprendió que yo no le mentía. Me miró fría, lejanamente.

Sonrió con aire débil, cansado, roto.

—Parece que tiene razón—dijo—. Usted gana Bantam...

Tiró el arma a sus pies. Garfield y Richmond corrieron hacia él, tratando de sujetarle, de dominarle. Yo, ni siquiera me moví.

Había adivinado de antemano lo que ocurriría. No llegaron a tiempo. Tampoco yo lo hubiera hecho, y lo sabía. Por eso no hice gesto alguno.

Victor King se precipitó sobre las vidrieras de la terraza encristalada, allá en la cumbre de un edificio de cincuenta pisos...

Cuando hendió los vidrios y se perdió en el vacío, sin un grito siquiera, supe que ése sí era el telón final, inevitable y trágico...

Suspiré e incliné la cabeza, con cierto cansancio también. No podíamos escuchar el choque del cuerpo humano en el lejanísimo asfalto, ni falta que hacía.

—Vamos abajo, señores—dije—. Ya nada hacemos aquí...

Richmond y Garfield se miraron entre sí, en silencio, lívidos y demudados. Me siguieron, dificultosamente.

Alcanzamos el ascensor. Descendimos en él, en silencio. Abajo, había estruendo de sirenas, de voces, de silbatos policíacos...

—Siempre fue un hombre para el gran espectáculo—dije lentamente—. El final de su último «show» fue deslumbrante... y aleccionador. Murió igual que todas sus víctimas. Sólo que se reservó el salto más grandioso para él...

Nadie me replicó. Creo que no hubieran podido siquiera despegar los labios.

Yo encendí un cigarrillo. Pensé en Wendy.

Y me sentí mejor. Mucho mejor.

FIN

FBI
Selecciones



Concesionarios
exclusivos en América

EDITORIAL AMERICA, S.A.

2180 S.W. 12 Avenue
MIAMI, FLA. 33145-USA



EDITORIAL ROLLAN, S.A.
PINTO (Madrid)

10
Ptas.